

LA PROTESTA

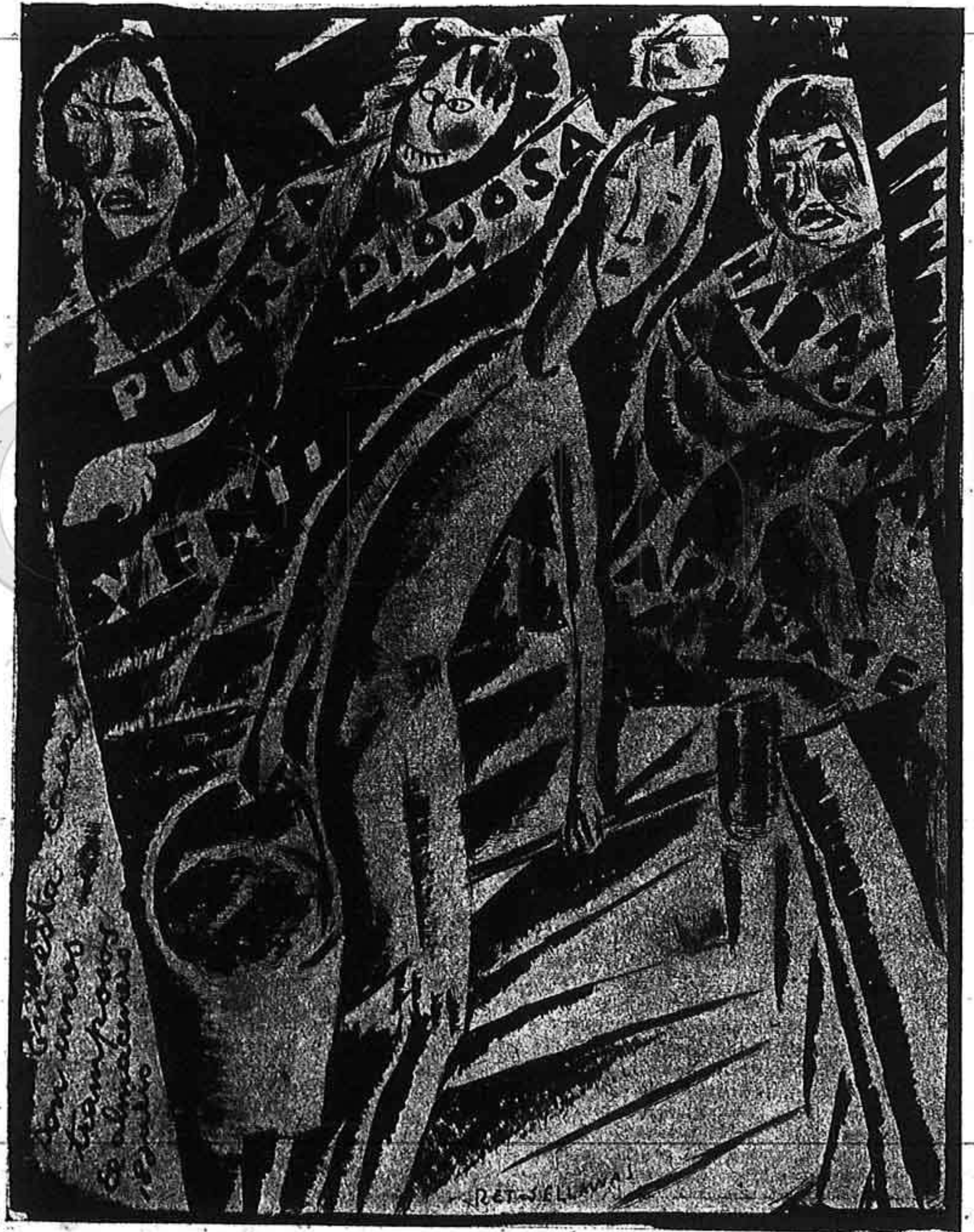
SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 310

BUENOS AIRES, 15 DE AGOSTO DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO



VICTIMAS INFANTILES: LA SIRVIENTITA

LUIS FABBRI

El problema de la delincuencia y la revolución

Me he ocupado ya otra vez desde las columnas de "LA PROTESTA" — no recuerdo ya si desde el diario o desde el SUPLEMENTO — del problema del delito en relación a las ideas anarquistas; pero, si bien recuerdo, entonces me refería casi exclusivamente a la hipótesis del delito en una sociedad ya organizada tan suficientemente en sentido libertario e igualitario como para hacer posible la mejor de las soluciones imaginables en una sociedad humana.

Discusiones sucesivas en nuestro campo han llevado la polémica a un terreno que llamaré más realista, es decir más en contacto con la realidad presente, más en relación con las dificultades contingentes y con las que son previsibles en el seno de la revolución, que puede estar próxima y por tanto hecha por hombres no sólo imperfectos sino todavía todos bajo la influencia determinante del viejo mundo burgués. Me propongo aquí volver a examinar el argumento bajo este punto de vista diverso, excusándome desde ahora con los lectores si repito en algo lo que dije en aquel otro escrito precedente de hace dos o tres años, que ahora no tengo ya bajo los ojos.

Todos los que se proponen estudiar y resolver dificultades prácticas en relación a la organización social que surgirá de la próxima revolución, se encuentran debatiéndose entre dos peligros, que pueden ser llamados los Scylla y Caribdis de toda discusión de ese género. O consideran el problema refiriéndose a una sociedad futura demasiado lejana, en donde todas o casi todas las otras dificultades previsibles están ya resueltas, y entonces también lo propuesto parece de fácil solución; pero con eso se cae en el error de ser demasiado utopistas, y poco prácticos por exceso de optimismo.

O bien se miran las cosas limitadamente como están ahora haciéndose espantar casi por la visión de todos los males presentes, sin tener en cuenta lo que se hace posible o imposible en tiempo de revolución; y entonces se corre el riesgo de ser demasiado "contingentistas", de no ver más allá de la propia nariz, y de ser todavía menos prácticos por un exceso de pesimismo.

En el primer caso, naturalmente, no es difícil permanecer coherentes del modo más completo con un esquema ideal determinado; pero la coherencia tiene el defecto de quedar exclusivamente en el campo de las hipótesis más lejanas. En el segundo caso, sin embargo, es muy fácil, por la voluntad de adherirse a la realidad, doblegarse a esa realidad hasta salir más o menos del camino que debe conducirnos al objetivo que nos hemos prefijado, — hasta hacernos sin darnos cuenta más bien conservadores que revolucionarios. Entonces se queda en

la órbita de la vida vieja, no se crea la vida nueva.

Es preciso, por tanto, en el estudio de los problemas prácticos de la revolución, negar, es verdad la realidad presente, tener en cuenta todo lo que la revolución haya destruido y las posibilidades nuevas que habrá creado; pero es preciso además tener en cuenta la realidad concreta que surgirá de la revolución en relación con el material que se tenga a disposición, material heredado todo del viejo mundo, y en relación con los hombres tales como serán, con todos sus defectos, imperfecciones, errores, malas tendencias, etc. Eso es especialmente necesario cuando se examina el problema de la delincuencia desde un punto de vista anarquista, que es el punto de vista de la libertad, el cual consiente menos, incluso no consiente de ningún modo, regímenes e instrumentos de coerción del hombre sobre el hombre.

Complejidad del problema

Por otra parte este problema de la delincuencia es demasiado grave, para confiar en resolverlo con una fórmula genérica, incluso la más anarquista. Ninguna proposición, ningún experimento debería ser rechazado "a priori" con tal propósito, no sólo porque anarquismo significa también negación de toda ortodoxia, estudio, duda, discusión y eterna investigación de la verdad, sino porque toda tentativa, toda idea nueva, aunque sean defectuosas o erróneas, pueden ser o convertirse en útiles como puntos de referencia, como indicación de los escollos que hay que evitar, como cuestiones, subordinadas que hay que estudiar. Toda propuesta de solución, puede ser errónea, naturalmente; pero es vano, prácticamente, limitarnos a oponerles alguna axiomática protesta doctrinaria: es preciso en cambio ponernos en situación de oponerles una solución mejor.

Los anarquistas pueden, mejor que todos los demás, hacer relacionar en este sentido la doctrina a la anarquismo, entre doctrina y práctica no hay conflicto. El conflicto que algunos creen ver en eso depende únicamente de la errónea comprensión de la doctrina anarquista, o bien de tener como punto de mira una práctica que no es práctica en modo alguno.

El anarquismo no es una teoría divorciada de la vida: su doctrina no es más que la enunciación de todo lo que los anarquistas se proponen y quieren, de cómo entienden la vida, de cómo quieren practicarla; es por tanto teoría y práctica al mismo tiempo, inescindible la una de la otra. Si lucen objeciones a otras teorías — conservadoras o revolucionarias — o a otras soluciones del problema social, no es de manera alguna porque choquen contra es-

te o aquel párrafo de un programa apriorista, porque contradigan la página tal o cual de ciertos autores, porque violen tal o cual principio abstracto, sino simplemente porque no son lo que ellos, como anarquistas, quieren; porque, al contrario, establecen o proponen lo que ellos no quieren o se han propuesto combatir de toda las maneras y eliminar a toda costa de la vida civil: *toda forma de autoridad violenta y coercitiva del hombre sobre el hombre y más especialmente todo organismo privilegiado que sea revestido con tal autoridad.*

El anarquismo es una consecuencia, una manifestación de tal voluntad, deseo, necesidad. Lo que los anarquistas quieren no es una derivación de su doctrina, sino que la doctrina es simplemente una enunciación sistemática de lo que quieren. Nosotros abandonaríamos el anarquismo si éste significase algo diverso o contrario de lo que forma el objeto de nuestra pasión: la pasión de la libertad. Somos anarquistas porque queremos y creemos posible eliminar de la sociedad humana, o al menos de la sociedad en la que vivimos o viviremos, toda forma de autoridad coercitiva y violenta preconstituida. Si eso no fuese posible, significaría que no tendríamos razón para ser anarquistas; lo que, naturalmente no estamos dispuestos a reconocer, al menos de una prueba en contra. Y la prueba no ha sido dada todavía.

Es bueno no perder de vista esta concepción del anarquismo, porque de ella surge la visión de los diversos problemas a resolver en su sentido. Ella tiene la máxima repercusión en especial sobre la discusión del problema de la delincuencia.

Condiciones de la discusión

Pero es preciso entenderse, previamente, también sobre otro aspecto de la discusión. Cuando se discuten estos problemas prácticos, es preciso establecer bien a qué tiempo o período o estado de la revolución se refieren, y qué otras de las tantas reivindicaciones del socialismo o del anarquismo se presupone alcanzadas. De otro modo no se nos puede entender. Cuando hacemos propaganda y discutimos sobre el problema de la delincuencia (que es lo que nos interesa, pero se podría decir lo mismo de todos los otros problemas), nosotros lo examinamos presuponiendo alcanzadas todas las otras condiciones, al menos las más importantes, sin lo cual la libre vida anarquista sería inconcebible: igualdad de hecho en el terreno económico, ausencia del poder estatal, organización social voluntaria en acción, educación e instrucción aseguradas a todos, etc. Seremos exonerados así del examen de formas y géneros de delincuencia derivados muy estrechamente del actual estado de cosas, eliminables con la mutación de éste.

Con esto no hay de ningún modo necesidad de transportarnos al mítico año dos mil. Si pensamos posible una revolución, en donde los enemigos del capitalismo y de la tiranía tengan el predominio, es preciso admitir que consigan destruir al menos ciertas instituciones típicas de explotación y de opresión, que desde hoy son el punto de mira de nuestros odios y de nuestros golpes, y que son visiblemente la causa de determinados numerosos delitos. Si no es así, eso querrá decir que nuestra revolución quedará todavía por hacer, y que sería vano todavía proponerse resolver el problema de la delincuencia, habiendo quedado en plé las causas naturales

y sociales que determinan el delito. El problema sería todavía, prevalentemente, también, un problema de destrucción.

Se puede admitir que, aun no habiendo conseguido la revolución extirpar las causas materiales e institucionales de tantos delitos, aun habiendo quedado en plé formas políticas y sociales antilibertarias y anti-igualitarias, la revolución no obstante ha determinado igualmente un progreso digno de mención — y toda revolución, en efecto, tiene tal consecuencia al menos en los primeros tiempos, — y haya resultado de ella no obstante un ambiente en que la minoría anarquista, aun no habiendo triunfado, esté en situación de ejercer una influencia mayor que en el pasado, pueda tomar iniciativas realizadoras y experimentales, y tenga tanta fuerza como para imponer a la mayoría el respeto en la minoría de una relativa libertad de acción y de experimentación. Sería un camino medio entre la victoria absoluta, realizadora de la anarquía, que indudablemente aparece muy prematura, y la derrota absoluta, con lo cual, quedando los viejos regímenes o viniendo regímenes nuevos que, en lo que más nos interesa, les equivalen, estaremos aproximadamente en la situación actual.

Indudablemente en el estado de cosas intermedio los anarquistas no podrían atrincherarse en la sola negación opositora; deberían asumir, sobre algunas cuestiones, una actitud positiva y activa: hacer, en una palabra, algo. No bastará la acción destructora, pero deberá ir paralela a ella una obra creadora. Bien decía Malatesta, en un artículo suyo, al respecto, que "no se destruye real y permanentemente más que lo que se sustituye". Por tanto, incluso sobre la cuestión de la delincuencia, sobre el modo de defenderla y combatirla, los anarquistas deberán proponer sus soluciones, y donde tengan la fuerza o la posibilidad, realizarlas por cuenta propia. Pero es natural que no podrían ir muy allá, y sus soluciones serían limitadas siempre por su inferioridad de hecho en comparación con las mayorías de opinión diversa.

Es preciso advertir, especialmente sobre este argumento de la delincuencia y de los modos de eliminarla, que por otra parte no sería prudente tomar demasiado a la letra el consejo de sustituir lo que se destruye. Puede haber cosas que se destruyen y no se sustituyen: no se sustituyen nidos de chinches, de topos o de víboras! ¡y cuántos hay de eso en todos los ganglios más celosos de la vida social presente!... Y cuando se debe sustituir, se tiene que sustituir un mal con un bien, un mal método con un buen método, un organismo autoritario con un organismo libertario, y no un mal con otro mal, un método malo con otro método malo, un organismo autoritario con otro organismo autoritario.

Anarquía y delincuencia

La anarquía, la posibilidad de un régimen libre está subordinada a la capacidad, creciente de los hombres para cumplir el propio deber en las relaciones entre ellos, sin ser constreñidos por la violencia o la amenaza de violencia. De aquí la necesidad de que se curen del hábito y de la tendencia a obrar mal y que puedan eliminar el mal y defenderse de él, sin caer en un mal equivalente o mayor. De aquí la importancia del problema que vamos examinando.

Pero algo que hay que decir de inmediato sobre

la delincuencia, como mal que podrá poner tropiezos o disminuir la posibilidad de una vida social libre e igualitaria. — y esto se podría decir de todos los males sociales más graves, es que sería muy erróneo plantearse el problema solamente o prevalentemente como un problema represivo. En este error caen casi siempre aquellos que se las dan de "prácticos", aun que en la práctica se ponen fuera de la realidad más importante.

No excluyo en efecto con esto que también este aspecto del problema, el de combatir la delincuencia "a posteriori" en sus manifestaciones, tenga su importancia. Al contrario: A pesar de todas las prevenciones, la delincuencia se manifestará ciertamente — aunque atenuada en calidad y en cantidad, — y entonces, durante y después de la revolución, será preciso defenderse de ella, combatiéndola en sus manifestaciones contingentes antisociales. Pero el modo mejor y más eficaz de defenderse de la delincuencia es el de prevenirla, sea destruyendo las causas sociales de gran parte de ella, sea creando ambientes sociales inadecuados para su manifestación en los hechos, sea abriendo salidas a una actividad socialmente útil para ciertas tendencias que hoy no pueden desahogarse más que criminalmente, sea en fin promoviendo una educación que ataque directamente el mal en ciertas determinantes psicológicas y mentales.

Todo eso no se improvisa, de acuerdo; y especialmente el último medio será una cosa larga. Pero sería error creer que no se pueda echarle mano más que una vez comenzada y triunfante la revolución. Si la revolución estuviese ya en acto, ciertamente sería preciso proceder con el ambiente tal como es y con los hombres tales como son; y no está mal el proponerse también tal eventualidad. Pero como de hecho, hoy estamos todavía en período preparatorio, es preciso tratar desde ahora de preparar la posibilidad de proceder mejor, y según nuestras ideas, sea con la educación (en lo que sea posible) de las inteligencias y de los corazones a que nuestra propaganda puede llegar, y combatiendo entre nosotros mismos las malas tendencias al delito y a la antisocialidad que erróneamente algunos creen poder utilizar en sentido revolucionario, — sea sobre todo y con mayor esperanza de buenos resultados, precisando qué es lo que queremos hacer en la práctica a través de la revolución y por su intermedio, estudiando las formas de vida y de organización más aptas para eliminar o disminuir la delincuencia, eliminando sus actuales causas sociales.

En este sentido, la lucha contra la delincuencia en la sociedad futura puede comenzar desde este momento; y en parte, aunque sea pequeña, creo que se ha comenzado ya desde hace rato, a través del movimiento socialista, libertario y obrero de estos últimos cincuenta años. Pero es preciso hacer mucho más, y de modo más orgánico y más coherente con la realidad; es preciso desarrollar este aspecto de nuestro programa, apuntado hasta aquí demasiado sumariamente y genéricamente, y orientar con más energía sobre tales directivas la parte educativa de nuestra propaganda.

Otro error es el que generalmente se comete, hablando demasiado genéricamente de "delitos", sin especificar y sobre todo sin hacer la necesaria distinción entre la delincuencia por causas sociales, eliminables de inmediato o casi con la eliminación de estas, y la delincuencia llamada pasional o bien debida a taras fisisicológicas, la cual no se eli-

minará, si es que se elimina, más que lentamente y con un saneamiento sucesivo moral y físico. Está demás decir que no se pueden pensar remedios iguales para un mal y para otro; y que lo que podría concebirse como un remedio, incluso provisorio o lo "menos malo", en el caso de delincuencia de origen fisisicológico, podría traducirse en injusticia, tiranía y fuente de otros males en el caso de delincuencia por causas que determinan el orden social.

Hay además formas de delincuencia, que no parecen hoy tales, pero que lo serán en el nuevo ambiente y en la más elevada moralidad de mañana; o bien otras, no bien previsibles todavía, que pueden ser determinadas por el mismo ambiente social nuevo. Pero en este campo, enteramente hipotético todavía, no vale la pena entrar.

La delincuencia que elimine la revolución con medios preventivos, es decir eliminando su causa, es la que tiene sus orígenes directos, sus determinantes más próximos en las instituciones sociales actuales de opresión y de privilegio.

No es ya una novedad, desde cincuenta años a esta parte; y después de los estudios de innumerables hombres de ciencia, que la causa principal de la enorme mayoría de los delitos es la miseria, y con la miseria el espectáculo odioso de la desigualdad social, del derroche de los ricos, de la corrupción que viene de lo alto, etc. Quitado esto, no está dicho que "todos" los delitos desaparezcan; pero desaparecerán ciertamente aquellos que más directamente emanan de estas causas. Y viceversa, todo paliativo fracasará, y la revolución se revelará desde este punto de vista casi inútil aunque sea eficaz (y es siempre deseable que llegue, en todo caso) bajo otros aspectos; si no consigue antes abatir el monopolio capitalista, destruir la miseria, sanear las desigualdades sociales más estridentes.

Por ejemplo, si consideramos la eventualidad de una revolución antifascista en Italia, es preciso decir que si esta revolución no se limita a la sustitución del régimen burgués fascista actual por otro régimen burgués, entonces el problema podrá entrar en el camino de las resoluciones prácticas. Pero si al contrario el armazón estatal capitalista actual, a pesar de la voluntad adversa de los revolucionarios más radicales, quedase en pie, entonces toda proposición renovadora en sentido anárquico se traduciría en un devanamiento en el vacío, y perderíamos enteramente nuestro tiempo combatiendo los efectos criminales de causas todavía más fuertes que nosotros. Y nuestra preocupación mayor, si no la única, debería, como hoy, dirigirse a la destrucción revolucionaria de tales causas, no pudiendo en todo lo demás sino desarrollar una obra en defensa de las víctimas más afectadas por la injusticia social.

Si en cambio la revolución tiene carácter social e igualitario, si al menos una parte de nuestro programa puede ser aplicado, si nos es consentida una obra no ya de negación y de destrucción solamente, sino también de afirmación y de realización, entonces no cabe duda que el primer medio de combatir la delincuencia será el de realizar un ambiente refractario a ella, que la haga imposible al menos en todos aquellos casos en que desde ahora conocemos sus determinantes directos e inmediatos.

Entonces, por ejemplo, el robo y todos los delitos que tienen el robo como móvil principal, y la miseria como primera fuente, serán eliminados por sí mismos por la revolución. Y las manifestaciones

que puedan tenerse todavía, por hábitos ya arraigados o por alguna influencia atávica, serán reducidos en las nueve décimas partes de su gravedad, y no harán a la sociedad más que un daño risible, hasta aparecer inofensivas — y en todo caso tales como para justificar la existencia de cuerpos especiales de policía que, aunque frenados por reservas y cautelas, producirían un mal mucho mayor del que serían destinadas a combatir.

Contra los órganos represivos y preventivos

Muchos de los que han estudiado el problema de la delincuencia poniéndose en el terreno práctico, y creyendo quedar en él, han previsto, justamente por eso, la necesidad de un mínimo al menos de aparato represivo y preventivo al mismo tiempo, con carácter coercitivo y por tanto policial.

¿Pero es real y prácticamente necesario? ¿o más bien deja intacto el mal e incluso, aun reprimiendo alguna de sus manifestaciones más salientes, lo determina o lo agrava?

Tal hipótesis no es tan paradójica como puede parecer a primera vista. Creado un órgano, este tiende a perpetuar las razones por las cuales surgió. En el folleto de Malatesta, *Anarquía*, se habla por ejemplo de aquél cuerpo de cazadores de lobos que, para no ser disuelto, hacía la caza a los lobos de manera "inteligente", es decir como para no destruir nunca la raza de los lobos. Propiamente en estos días hemos leído que, en una ciudad de Francia, se ha descubierto que los bomberos provocaban incendios para tener modo de extinguirlos y aumentar de graduación y de sueldo. Lo que muestra como el "profesionalismo" es peligroso hasta en ciertas funciones útiles, que ninguno de nosotros pensaría en abolir. Figurémonos eso cuando se trata de una función como la de la policía, que constituye un verdadero privilegio de cuerpo, privilegio de fuerza material y de autoridad!

Se ha hablado hasta de "robos" que pueden hacer necesarios cuerpos constituidos de "defensa social" — llamémosles así, si la palabra "policía" nos repugna, pero evidentemente es la misma cosa — y que esos cuerpos deberían ser comunales e independientes del Estado. Si acontecen robos, repito, eso querrá decir que la revolución no habrá destruido lo que engendra el mayor número de los delitos, el privilegio económico; si además existe todavía el Estado o el gobierno, querrá decir que éste será más fuerte que nosotros que queremos destruirlo. Y entonces es preciso recordar que el Estado existe sólo en cuanto tiene una policía o fuerza armada a su servicio; y si no la tuviese, prácticamente no existiría, no sería un gobierno; y es inadmisibles que él, existiendo y teniendo fuerza para existir, ceda a las comunas su medio indispensable de existencia. Si luego los anarquistas tuvieran la fuerza para obligarle a algo, eso querrá decir que tendrían la fuerza para destruir el gobierno; y no se comprende por qué no habrían de hacerlo.

A menos que no se imaginen posibles dos policías: una propia del gobierno, para sus fines de dominación y de conservación, inevitable si el gobierno existe, y la otra para la lucha contra la delincuencia, fraccionada entre las diversas comunas, y dependiente de estas. A mí me parece que la existencia misma de un gobierno hace improbable tal po-

sibilidad, porque ningún gobierno consentiría en la existencia, independiente de él, de otras fuerzas armadas y de policía en su territorio. Pero aunque existiese eso no veo lo que ganarían con ello los ciudadanos. En lugar de una policía tendríamos al cuello dos: una estatal y otra comunal!

Al llegar a este punto es preciso preguntarse lo que se entiende por "comuna". Si la comuna es la organización local de los intereses locales de todos los ciudadanos, el conjunto de los servicios públicos y de cambios, la federación de las organizaciones locales de todos los ciudadanos, etc. entonces está bien. Pero si la Comuna se convierte en una autoridad, en un pequeño gobierno local que tenga facultad de obligar "por la fuerza" a los ciudadanos a hacer o a no hacer determinadas cosas, y por tanto que tenga a su servicio una policía suya o fuerza armada, entonces... eso es harina de otro costal.

Ciertamente, un gobierno comunal, más restringido, porque es más débil, no causaría el miedo que infunde el Estado; pero tendría sin embargo todos los defectos de este y todas sus malas consecuencias. Nosotros los anarquistas seremos tan hostiles a ese gobierno como al Estado grande. Pero no es el caso de afirmarnos en esta hipótesis, que es ya históricamente imposible e inadmisibles. Ni se ha dicho que, si fuese posible, un retorno al gobierno comunalista no conduciría a desastres de otro género, y en fin al retorno de la peor tiranía estatal. El comunismo, entendido como sistema de "gobierno" fué ciertamente un magnífico progreso en el mundo medioeval, que sentía ya los primeros estremecimientos del Renacimiento, pero hoy — por múltiples razones que aquí sería demasiado extenso enumerar — casi ciertamente sería un retroceso. La tiranía en píldoras puede causarnos menos miedo, pero no por eso cesa de ser tiranía.

El punto central de todas las discusiones sobre la delincuencia, por lo que se refiere a las manifestaciones que habrá de ella durante y después de la revolución, a pesar de todas las medidas preventivas de destrucción y de prevención actual de la revolución misma, es este: si es aconsejable, en relación al fin de liberación individual y colectiva de la revolución, formar o ayudar a que surjan cuerpos especializados de defensa social (hoy se diría de seguridad pública) y de asistencia, con el encargo de combatir la delincuencia, de poner a los delincuentes en estado de no perjudicar, y disponiendo de armas y de otros medios adecuados, que les darían una autoridad especial y privilegiada en comparación a todos los demás ciudadanos.

La delincuencia durante y después de la revolución

Todas las otras proposiciones posibles sobre el trato que hay que dar a los delincuentes podrían ser más o menos aceptables, o las objeciones que se podrían hacer a ellas tendrían menos importancia. Si no se enlazaran a este punto central del cuerpo de policía especializado, del cual se deriva todo un carácter autoritario y gubernativo, bien que reducido, que está en contraste con nuestra finalidad anarquista adversa, como siempre, a toda forma de autoridad violenta del hombre sobre el hombre, y más especialmente a todo organismo especial y privilegiado que sea revestido de tal autoridad.

Yo soy de una opinión ya manifestada por Mala-

testa: no me disimulo que habrá gentes de mal vivir también en una sociedad mejor que la presente "pero creo también que mayor peligro son los gendarmes, los carceleros, los magistrados y todos aquellos que tienen como profesión la represión del delito"; y es preciso estar en guardia contra la formación, en el seno de la revolución, de un peligro análogo simplemente bajo el nombre diverso de agentes de defensa, custodios, árbitros, etc. Tanto más cuanto que, como la experiencia histórica lo demuestra, "en caso de revolución, si se constituyen cuerpos armados y de funcionarios pagados para reprimir los delitos, correrán a enrolarse en ellos los peores delincuentes, los cuales perseguirán a los concurrentes y principalmente molestarán y explotarán a los honestos" (E. Malatesta: *Ancora del diritto penale nella rivoluzione*, en "Umanità nova", Roma, 27 de agosto de 1921).

Pero aun prescindiendo de esta última previsión, aun cuando el cuerpo de policía del porvenir estuviera compuesto de ángeles, incluso de anarquistas, o no mejoraría nada o, con lo poco de ventaja que tiene por lo demás también la policía actual, uniría el daño infinitamente mayor, al menos según los anarquistas, sea de provocar más fuertes causas de delincuencia, sea de constituir el punto de partida de una nueva tiranía de casta y de clase: primero la propia y luego la de cuantos hallasen el modo de acaparársela y de servirse de ella.

La posibilidad, incluso la inevitabilidad, de tal degeneración es una misma cosa con el hecho de la "especialización" del cuerpo, de la atribución a él de una función de autoridad sobre los propios semejantes, del privilegio que, en relación a los demás, tendrán de ejercitar un control sobre los otros con poderes especiales, sin excluir el de las armas. Poned un cuchillo en el bolsillo de un joven obrero, y a la larga aquél cuchillo ejercerá una pésima influencia sobre su carácter; poned un galón (decía Réclus) en el brazo de un hombre y lo veréis pavonearse y asumir una actitud de superioridad sobre los otros. Pues en la naturaleza humana no hay sólo la tendencia a la libertad y a la independencia, sino también a la prepotencia y a la sumisión.

Se ha observado también por otros que hay en el pueblo, en tiempo de revolución, la tendencia a sustituir la policía y la magistratura del régimen derribado por órganos análogos. Eso, sin embargo, es verdad como es verdad que hay además otra tendencia, que se asocia a la primera, la de sustituir el gobierno derribado por otro nuevo. Es esa tendencia la que en parte procura hoy tantos partidarios a los bolchevistas, los cuales tratan demagógicamente de explotar tal tendencia perniciosa, camándola con la promesa del poder de mañana. Pero, en lugar de satisfacer tales tendencias, el único medio para no facilitar lo que se quisiera evitar, — el resurgimiento y el triunfo del delito de la autoridad del hombre sobre el hombre, — está en combatirlos con la propaganda hoy y con los hechos mañana: sobre todo con el ejemplo. Tal al menos es la misión de los anarquistas y no podría ser de otro modo.

Pues no nos encaminaremos en serio hacia la anarquía más que combatiendo y obstaculizando todo lo que favorece y provoca el espíritu de autoridad y de servidumbre, más que creando ambientes y condiciones de una libertad cada vez más amplia para todos.

Lo que quieren los anarquistas

Pero, tal vez, se dirá, estos son razonamientos abstractos, "doctrinarios"; ¡quedemos en la realidad! Los anarquistas — se ha preguntado otra vez — ¿tendrán la fuerza para impedir la formación de una policía y de una magistratura comunales? ¿no mostrarían más inteligencia política impulsando al pueblo a conservar independientes de los órganos centrales gubernativos la policía y la magistratura comunales?"

Por mi parte, no lo creo. Es decir mostrarían poca "inteligencia política" pidiendo lo que (por las razones ya dichas) no sería posible obtener si existiese un gobierno; lo que, obteniéndolo, significaría tal debilidad del gobierno que el pedir tan poco sería una torpeza. Los anarquistas podrían fácilmente, siendo tan fuertes y teniendo tanta adhesión del pueblo, derribar justamente el gobierno y eliminar toda forma de policía.

Si el pueblo quisiera una policía de los anarquistas — ¡cosa absurda! — éstos no podrían renegarse ellos mismos por tolerancia con el prejuicio popular. Que el pueblo una vez libre trate de darse las instituciones que quiera; pero la función de los anarquistas no es secundar al pueblo en sus malos hábitos y en sus malas tendencias, sino la de oponerse a ellas y tratar de desarrollar tendencias de libertad — aun a costa de quedar una vez más entre los vencidos, en la oposición y en la vanguardia, preparando un mejor porvenir en el propio sentido.

En otros términos, no tenemos necesidad de una gran "inteligencia política" — otros dirían engaño — porque lo que queremos no es el éxito, vencer a toda costa, hacernos aceptar por la fuerza aun cuando los demás no quieran saber de nosotros. Nuestra misión podemos desarrollarla también quedando derrotados; nuestras victorias parciales se realizan más a través de los otros que a través de nosotros mismos; y no seremos victoriosos verdaderamente más que cuando la victoria sea completa. Hasta entonces, podremos sufrir el mal, beneficiarnos de las medidas a medias de otros, combatir los males peores. Pero no es tarea nuestra proponer las medidas a medias y la adaptación a ellas.

Si, como minoría, tenemos una suficiente libertad de posibilidad de realización, nuestras realizaciones no podrán ser más que realizaciones de libertad, experimentos de vida y de sociedad libre, pequeños y limitados si no es posible extensos, pero tales como nosotros los queremos, y no como los quieren los otros o como transacción con éstos. Y si, no obstante, hay transacción, esta será una resultante por fuerza mayor y no querida por nosotros: a pesar nuestro y no por obra nuestra. Si, a pesar de la revolución, hay todavía gobierno, leyes, policías, etc. serán menos autoritarios y menos dañosos, no porque nosotros hayamos patrocinado o aceptado formas más adecuadas y reducidas o porque participemos en ellas, sino solamente como resultado de nuestra obstinada oposición y resistencia a ellas y de nuestra capacidad para pasarnos sin ellas, — de nuestra negación en block de todas ellas.

Lo que no significa que nosotros no tengamos, o no podamos tener, o no debamos estudiar visiones prácticas y posibles de realización anarquista, sin esperar para eso el año tres mil y la sociedad anarquista perfecta. Lo que importa es que ese estudio tenga su eje, en torno al cual desarrolle sus propor-

ciones sobre el problema de la delincuencia y de la criminalidad, dirigido constantemente hacia el principio de libertad del anarquismo, y se aleje cada vez más del principio de autoridad. Las soluciones que de ahí se deriven aparecerán, en la práctica, más posibles de lo que parece a su primera enunciación, a pesar de todas las dificultades que desde ahora emprendamos.

Recuerdo una breve polémica tenida en Roma con Saverio Merlino sobre esta cuestión de la delincuencia. Me decía: "¿Te imaginas a la colectividad corriendo, armada, a un delincuente?" (Stato o non Stato?, rev. *Pensiero e volontà*, Roma, 16 de agosto de 1926). Yo le respondía que no comprendía por qué no había de ser posible defenderse de un delincuente, ponerlo en la imposibilidad de perjudicar, aun cuando no haya un cuerpo especializado armado para la caza de los delincuentes. Eso se hace hoy mismo en localidades lejanas de los centros, donde no hay gendarmes; y cuando no se hace, es porque la gente confía en la obra de los gendarmes o porque, por razones del todo inherentes al orden de cosas actual, les repugna asumir esas funciones aun siendo útiles.

No es verdad que "dejar obrar a los interesados, dejar obrar al pueblo, es decir a la masa de los ciudadanos", como proponía Malatesta en uno de sus artículos ya citados, y el confiar a todos la seguridad pública, la defensa de la incolumidad y de la libertad de cada uno, el poner en el índice al prepotente e intervenir en defensa del débil "sean cosas imposibles". Que los compañeros, los paisanos, los vecinos, los colegas de trabajo deban si llega el caso hacerse jueces, y en los casos extremos confiar el que es reconocido culpable a la custodia y a la cura de manicomio, abierto siempre al control público" (Malatesta, Chiarimenti, rev. *Pensiero e volontà*, 1 de agosto de 1926) es una concepción no sólo doctrinaria, educacionista, sino también práctica y adherida a la realidad, la más conciliable con una organización libre y fraternal.

En la polémica más arriba apuntada con S. Merlino admitía yo, con todo esto, que la defensa contra la violencia de algún prepotente o delincuente, hecha ocasional y localmente, podría no ser suficiente; es decir podría hacerse necesaria una defensa más continuada y en más vasta escala, más orgánica y regular. Repetí sobre esto a Merlino lo que había tenido ocasión de decir precedentemente al malogrado Spartaco Stagnetti, — el compañero asesinado a fines de 1927 en la isla de Ustica, a donde había sido deportado por el gobierno fascista. Stagnetti había publicado en un periódico anarquista de Roma algunos artículos (Fedeli, Roma, 1925) en donde trataba de la defensa de la revolución; y yo combatía su tendencia a creer que, en la revolución, "en el acto práctico todo se arreglará". Que se arreglará, eso es cierto (le decía yo); pero lo que a nosotros nos importa es que todo se arregle *anárquicamente*.

Para que sea así es preciso que "todos" tengamos el sentido de la necesidad de la defensa contra los eventuales delincuentes, como también prevención contra las causas de la delincuencia. Es preciso que la defensa interese a todos y comprometa a todos; que todos sean libres de concurrir a ella de un modo u otro; que los medios de defensa, como las armas, estén a disposición de todos; que ningún grupo o cuerpo especializado pueda atribuirse la misión

de la defensa y por tanto monopolizar sus medios y sus fuerzas materiales. Si ocurriese eso, no solamente se lesionaría el principio anarquista abstracto, sino que la revolución asumiría una orientación opuesta al anarquismo; y pronto la misma revolución estaría en peligro.

Stagnetti decía que nadie debería tener el privilegio de estar armado (todos armados o todos desarmados) y que para la incolumidad se podrán organizar grupos de defensa, sea entre obreros de cada categoría, sea por fábrica, sea por localidad. Yo (declarándome de acuerdo con esto) agregaba que prefería una organización por localidad (ciudad o aldea, y en los grandes centros suburbanos o barrios) a la que pertenecieran por derecho, no por obligación, todos los jóvenes y hombres validos del lugar que tengan la posibilidad, los cuales para el caso en que sea necesaria la defensa, establecerán los modos prácticos de acción, los turnos, los medios a adoptar, etc. Y esto, repito, sin esperar el año tres mil o el advenimiento de la perfecta anarquía, sino de inmediato, desde el primer momento de la revolución en que los viejos poderes estatales y burgueses hayan sido derribados y antes de que se constituyan poderes nuevos — de modo que esas formaciones libres y abiertas a todos de defensa popular puedan constituir también un impedimento o al menos un obstáculo para la formación de un poder central cualquiera o de un cuerpo especializado que monopolice los medios de defensa para transformarse en instrumento de ofensa.

En los primeros momentos de la revolución y mientras no haya vencido definitivamente, estas formaciones de defensa serán necesarias sobre todo para la lucha contra los residuos de los viejos poderes y sus acólitos y sicarios; pero implícita será su misión de defensa aun contra los ataques eventuales de la delincuencia. Todos, menos los inhábiles y los imposibilitados, deben sin embargo estar en situación de pertenecer a ellos y de ejercitar en ellos y también fuera de ellos, el propio derecho de defensa. Que esto no sólo es posible, sino también que es el único método eficaz y al mismo tiempo libre de peligros contrarrevolucionarios, lo demuestra la experiencia de las revoluciones pasadas, especialmente de la francesa de 1789 — en la que efectivamente al comienzo todo el pueblo estaba en armas y defendía la incolumidad pública. Y fué cuando los sans-culottes se regimentaron, en número limitado y especializado, en formaciones separadas del resto del pueblo, bajo la dirección y la autoridad central del Comité de Salud Pública, que la revolución se desvió hacia la dictadura, revolucionaria primero y reaccionaria después. Fueron los "especializados" de la policía para los delitos comunes los que sirvieron de instrumento principal de reacción apenas se inició esta.

Funciones útiles y órganos inútiles

Hay algunos que creen necesario un cuerpo especializado de salvaguardia y de asistencia pública, — y no hablemos ya de "policía" puesto que nuestro disgusto por ciertas palabras tiene un significado práctico y es preciso tenerlo en cuenta — que haga por lo menos aquello poco de bueno que hoy hace la policía o tendría encargo de hacer.

Eso significaría agregar al mal un mal mayor; agregar al daño directo la insidia, la dulcedumbre para hacer tragar y soportar el veneno. Las pocas

funciones útiles de asistencia y de socorro, harían a muchos tolerar las más numerosas funciones nocivas, de prepotencia y de autoridad; y esas últimas serían reforzadas y hechas más duraderas.

Es verdad, por otra parte que algunas funciones de una cierta utilidad entran o pueden entrar entre las tareas de una policía; pero es también verdad que se trata siempre de funciones de que podrían encargarse muy bien asociaciones libres, de voluntarios, del género de las actuales asociaciones filantrópicas, higiénicas, de socorro, etc. que hoy mismo hacen ya más y mejor que la policía. Con la revolución no sólo tales asociaciones no cesarán de funcionar, sino que es previsible que surjan otras más numerosas, y tengan una existencia más efectiva y real que las actuales, en tanto que la revolución hará entrar en ellas hombres nuevos, elementos más populares, y pondrá a su disposición mayores medios.

Para la defensa preventiva contra la delincuencia, ciertamente, después de la revolución, habrá un enorme trabajo que hacer, en cada comuna, para atender a la infancia abandonada, poner dique a la prostitución, combatir el alcoholismo, el uso de los estupefacientes, etc. Sobre esto yo estaría de acuerdo tanto con la prevención como con la represión. Por ejemplo el que especula con la prostitución o con el cocainismo me parece no menos odioso que el escuadrista fascista. Pero para la obra de prevención, los especializados son indudablemente necesarios (médicos, enfermeros, guías, empleados, etc.); y no veo en ella ningún peligro policial. Este peligro surge, en cambio, cuando se propone un cuerpo especializado de represión.

Pero un cuerpo especializado no adquiere carácter policial por el sólo hecho de estar especializado en sus funciones. Por ejemplo no es concebible un cuerpo de enfermeros sin especialización o sin estabilidad; como también, para extinguir los incendios, socorrer y salvar a los perjudicados por un derrumbe edilicio, reparar velozmente los daños de una inundación; y así sucesivamente, es preciso que haya un número suficiente de ciudadanos bien adiestrados en la tarea y provistos de todas las máquinas, instrumentos y cosas necesarias; y así también es preciso, especialmente en los grandes centros, que un cierto número de ellos, por turno, queden libres de toda otra tarea, que estén reunidos y prontos para intervenir en toda eventualidad calamitosa.

Si no fuese más que por esto, no veo qué inconveniente podría hallar también en ello el anarquista más intransigente. Ni siquiera el hecho de que esos voluntarios de la asistencia pública estuvieran armados podría preocupar gran cosa, a condición de que no fuesen nunca militares adiestrados a propósito para el uso de las armas y organizados para detener y matar la gente; y sobre todo si todos los ciudadanos fuesen libres de estar igualmente armados. Esto respondería a lo que decía el compañero Stagnetti en su artículo ya recordado más arriba: "o todos armados o todos desarmados". La hostilidad contra los cuerpos especializados, a que aludía precedentemente se refería, — y no se podría ser anarquistas, me parece, sin sentir tal aversión, — a los cuerpos especializados en funciones de represión, con la autoridad de inquirir o arrestar, con el privilegio de ir armados entre los desarmados, con la facultad específica y reservada a ellos solos de emplear la fuerza, etc.

Un cuerpo de policía — o, si se quiere, de "de-

fensa social" — es considerado por otros necesario para que pueda hacer informes e indagaciones sobre delitos ocurridos, de los que se ignoren los autores o los orígenes, o para otras funciones semejantes. ¡Diablo! ¡de aquí al restablecimiento, después de la revolución, de nuestros "agentes de investigaciones" el paso es bastante corto! Pero no compliquemos las cosas, para hacerlas todavía más largas y difíciles. La policía de investigaciones, incluso la actual, si se le quitan las funciones políticas, se reduce a bien poca cosa y... no descubre más que lo que se descubriría por sí mismo, o incluso mejor, sin ella. Podrán darse casos especiales, — como el del estrupador de niñas de hace tres años en Roma, que por lo demás la policía especialísima no ha descubierto todavía, — en que sea preciso descubrir a algún ignoto que cometa graves atentados continuados contra la incolumidad de los ciudadanos; pero entonces, caso por caso, se podrá confiar el encargo a determinadas personas, las cuales, por lo demás, sin el concurso real de todos, podrán hacer igualmente bastante poco.

Pero lo importante es que no se cree una función en sí, especial, permanente; que no se formen cuerpos especializados y privilegiados de gente separada por su función del resto de la población, eximida así por su función de los servicios públicos normales. La prevención y la defensa, también la investigación contra el delito no deben constituir un trabajo en sí, sino más bien ser un trabajo colateral, ocasional y suplementario del trabajo normal, productivo y social de todos, a que se echará mano por necesidad y cuando la necesidad lo imponga, pero que permanezca un trabajo antihigiénico moralmente, como lo es físicamente el de curar a los coléricos. De él no se debe hacer nunca una profesión o una ocupación exclusiva y continuada, porque la deformación profesional que se derivaría infaliblemente engendraría la peor forma de delincuencia, — la prepotencia, — y constituiría un mal y un peligro para la sociedad infinitamente mayor que toda criminalidad.

Pues aquí está el núcleo de la cuestión. Ninguno niega que, durante la revolución y después, si tenemos delitos, resulte de ello un grave daño para la revolución misma, ninguno niega que haya necesidad, inmediatamente, desde el primer momento, de ponerle un dique y un remedio. Pero es preciso que el remedio no sea peor que el mal, es decir que no engendre en un campo un mal peor del que limita en el otro. Y este es el caso de la policía, de todo organismo del género, constituido de cualquier modo, que forme en medio de la población un cuerpo con una autoridad especial y privilegiada.

También Malatesta admite que un cuerpo especializado de policía podría ser técnicamente más ventajoso para defendernos de ciertos delincuentes, que indudablemente constituyen un peligro. Pero observa luego (como hemos visto), con justa razón, que un "peligro mayor todavía son los gendarmes, los carceleros, los magistrados y todos los que tienen por profesión reprimir el delito". Evitando los cuerpos especializados y basándose, para defenderse de los delincuentes, sobre formaciones libres y voluntarias abiertas a todos, sobre iniciativas organizadas caso por caso, "se perderá tal vez algo en eficiencia represiva, pero se evitará la creación del instrumento de toda tiranía" (E. Malatesta, *La difesa sociale contro il delitto*, en "Umanità, nova", Roma, 2 de septiembre de 1921).

D. A. DE SANTILLAN

NOTAS Y COMENTARIOS

FORMAS DE PROPAGANDA

No hay desastre más grande para un movimiento revolucionario que la rutina y el estancamiento, el doctrinarismo estéril en que la impotencia espiritual busca su último refugio. Un movimiento social que no tiene inquietudes, que toma por norma de conducta y por profesión de fé el dogma de la tradición — ¡lo han hecho nuestros padres y eso basta! — un movimiento que no tiene fuerzas de renovación y que no reivindica el derecho al ensayo — al ensayo y al error, — creyendo haber llegado a la suma verdad, al límite máximo de la humana sabiduría es un movimiento condenado a extinguirse tarde o temprano. Sobre el ritual no puede erigirse más que una iglesia, es decir una creencia muerta, nunca una falange de lucha creadora, nunca un foco de renovación y de vida.

Una ojeada a las actuales formas de propaganda nos revela la más trágica pobreza mental. Casi todo se hace por rutina, se piensa según moldes hechos, se aplaude o se silba según modalidades canónicas. Si por casualidad os acercáis al primero que os arroja largas tiradas en favor de tal o cual cosa o contra ella, advertís que no habla la conciencia, la reflexión, sino el automatismo, el rutinismo. Si la inteligencia se ejercita sobre algo es sobre la rebusca de justificativos de nuestra impotencia. ¡Ah, no! la culpa de que las ideas de la libertad y de la justicia sociales, en lugar de ganar terreno, lo pierdan de día en día, no es nuestra,

Es decir, puede darse que con el sistema libertario de la defensa confiada a todos se consiga descubrir o evitar algún delito común, — yo, a decir verdad, no estoy muy persuadido de ello, — pero no se evitan otros mucho mayores, y que a nosotros nos urge más impedir: los constituidos y engendrados por toda forma de opresión, de privilegio, de violencia organizada del hombre sobre el hombre. Y es esta la forma de delincuencia que es preciso combatir ante todo (sin descuidar tampoco luego el resto, pero sin que esto nos distraiga un milímetro de la cuestión principal); es tal delincuencia la que hay que eliminar desde el primer momento de la revolución — en cuyo momento es preciso sobre todo procurar que no se lancen los gérmenes de nuevas opresiones y tiranías.

El problema de la delincuencia es grave, pero no hay que exagerar su valor en daño del problema de la orientación libertaria y libertadora de la revolución. Aquél debe ser subordinado a esta; y es esta lo que debe desde el primer instante constituir la preocupación dominante, la misión característica, el objetivo principal de todos los anarquistas.

nunca; siempre descubriremos algún culpable. En eso somos hábiles, pero no lo somos en buscar el medio o los medios de que nuestro esfuerzo sea eficiente, no buscamos la culpa del retroceso libertario en nosotros mismos, en nuestra incomprensión, en nuestra incapacidad para utilizar en todas sus posibilidades el precioso instrumento que las ideas ponen en nuestras manos.

Las formas de la propaganda son muy pocas y casi todas están cortadas por la misma tijera.

Unos exaltan la rebeldía, otros hacen huelgas por un poco más de salario, otros llevan a cabo una labor cultural, sumándose el todo, en algunas manifestaciones colectivas de protesta. Los periódicos de hoy podéis volver a imprimirlos mañana, con sólo cambiarles la fecha; los oradores repiten siempre lo mismo desde la tribuna. Todo lo que se hace contra el capitalismo y el Estado es un simple juego de repeticiones que no afecta sino mínimamente al orden existente. ¿Qué mañana hay huelga general? Como si lloviera. A lo sumo los privilegiados apuntan un día más de fiesta en el calendario. Y esas huelgas generales son la expresión máxima de nuestra acción revolucionaria. ¿A quién queremos asustar así? Y esto es lo mismo cuando las huelgas son a plazo fijo que cuando son por tiempo indeterminado. La burguesía sabe muy bien lo que significan, sus alcances, y está prevenida contra todo.

Las formas de la propaganda son muy pobres, son pobres por la gama reducida que presentan, y lo son también porque en lugar de cooperar, se hallan separadas o tienden a separarse. Así vemos hoy grupos que se encierran en su exaltación de la rebeldía y no atribuyen importancia alguna a las otras formas de propaganda y de lucha: la organización obrera, la obra cultural, etc. Vemos también que la organización obrera tiene desconfianza de la propaganda de la rebeldía y mira con cierto menosprecio la labor cultural. Es decir, siendo pobres las manifestaciones y formas de la propaganda, frente a la riqueza de recursos de la reacción, se vuelven más pobres todavía por el divorcio respectivo en que viven. Un influenciamiento recíproco nos parece urgente.

Naturalmente, si nos quejamos de la pobreza de formas de propaganda no pensamos que la salvación estaría en unir los diferentes matices; al contrario, pensamos que el desastre sería mucho mayor; lo que se necesita es estimular nuevos matices, nuevas actividades, nuevas modalidades de acción sobre el ambiente hostil que nos rodea. La forma única es la muerte. Lo que pedimos no es una uniformidad, sino una mutua comprensión de las formas existentes, para complementarse, y una multiplicación de las actividades, una pluralidad de iniciativas. Las energías sobran. Lo que hace falta es encontrar los medios de emplearlas útilmente para la causa. Nin

gún psicólogo nos ha descubierto todavía un límite a la capacidad de sentir y de pensar y de obrar del individuo. No hay, pues, que temer que la pluralidad de iniciativas pueda significar el abandono de la obra que tenemos entre manos. Ocurre justamente lo contrario: que las energías se debilitan y se extinguen cuando no tienen más campo de acción que la rutina, el camino trillado.

Por el estrechamiento del horizonte mental del movimiento revolucionario, vemos reducidas a su expresión más insignificante ideas fecundas como la de la acción directa y la propaganda por el hecho. No empleamos la acción directa más que para reclamar más altos salarios, y de la propaganda por el hecho, por el ejemplo, casi podemos decir que no hay ni rastros. Apenas en algunos periódicos individualistas se siente la propensión a estimular el ensayo de vida al margen del capitalismo, el uso de la acción directa para labrar focos de acción, de propaganda y de vida fuera de las normas impuestas por la economía vigente.

El marxismo, que pretendemos combatir de un modo radical, nos corroe todavía el alma: la expresión del movimiento obrero es la prueba. El movimiento obrero, el nuestro, el revolucionario, no combate más que una forma única del capitalismo, la forma industrial. Se tiene el hábito de acusar de reformismo la defensa del proletariado y de la sociedad contra la explotación de que es víctima por parte del capitalismo comercial. Se tiene el hábito de hablar así, decimos, pero sin saber por qué, sin tener una argumentación convincente, por rutina, porque en un tiempo se puso de moda la sindicalización de los obreros industriales y se tuvo luego la vanidad de proclamar que eso basta y sobra y que fuera de ahí no hay nada que valga. Marx podía contentarse con eso, porque según su opinión vamos fatalmente hacia el socialismo por la evolución capitalista. Pero nosotros no pensamos así y queremos oponer a la evolución capitalista todos los obstáculos que podamos. Así ha obrado siempre el anarquismo, en los tiempos en que no vivía de mero reflejo, en los tiempos en que era un crisol de ideas, un laboratorio viviente de iniciativas, en los tiempos en que no éramos tan sabios y tan experimentados, en los tiempos en que no nos fiábamos de las afirmaciones dogmáticas y de las verdades definitivas. La defensa en el campo del consumo es una idea originariamente anarquista, que se abandonó bajo la influencia de las doctrinas de Marx. Fueron los marxistas los que luego, viendo ahí una idea fecunda, se aprovecharon de ella y crearon, con otras tendencias liberales y reformistas, el cooperativismo inocuo que conocemos. El anarquismo sin embargo, por toda su esencia, está más cerca del viejo socialismo que Marx llamó utópico que del marxismo, y precisamente esa característica, esa filiación espiritual es la que debe esforzarse por conservar para reaccionar contra el marxismo, que es exclusivismo doctrinario y táctico.

Este es uno de los temas que trataremos de desarrollar en el congreso anarquista proyectado, participando de ese modo en una discusión internacional del asunto. La idea magnífica de la acción directa y la de la propaganda por el hecho pueden ser aplicadas mucho más eficazmente de lo que lo hacemos hoy si complementamos la defensa y el ataque en el terreno de la producción con la defensa y el ataque en el terreno del consumo. Y esas no

son las únicas aplicaciones posibles de la acción directa y de la propaganda por el hecho práctico.

SEGUNDO CONGRESO ANARQUISTA REGIONAL

Tres bibliotecas libertarias de Santa Fe han tomado la iniciativa de convocar un congreso anarquista regional, el segundo. La circular distribuida dice así:

En la Biblioteca "Emilio Zola" de Santa Fe surgió la iniciativa de convocar a un congreso anarquista regional a fin de reunir las diversas tendencias libertarias en la discusión fraternal de doctrinas y métodos, de ideas y de sugerencias. Con tal motivo pasó comunicaciones al respecto a las demás instituciones anarquistas locales y habiendo reconocido todas la necesidad y la conveniencia de ese congreso, se constituyó la Comisión Organizadora del segundo congreso anarquista regional, habiendo fijado la fecha de mediados de febrero de 1930 para su realización y la ciudad de Santa Fe como lugar de la concentración proyectada.

La Comisión Organizadora, compuesta por cuatro delegados de cada biblioteca integrante (Emilio Zola, El Porvenir y La Obra) se reúne dos veces por semana e invita a los compañeros, grupos de propaganda, bibliotecas de cultura libertaria, sindicatos y demás instituciones anarquistas a comunicar sus puntos de vista y su opinión relativa a la celebración del segundo congreso.

ORDEN DEL DIA

La Comisión Organizadora ha proyectado la siguiente orden del día, sobre cuyos puntos se darán a conocer ulteriormente, para mejor ilustración de los camaradas, circulares especiales.

I. — Informe sobre el movimiento anarquista internacional.

II. — *El exclusivismo en el campo social: La idea de exclusividad y de monopolio de la verdad dentro de las diversas tendencias del socialismo. ¿Puede aceptarla el anarquismo también? ¿Cuál debe ser la línea de conducta para antes y para después de la revolución respecto del problema de la coexistencia de distintas corrientes sociales?*

III. — *La anarquía y las diversas soluciones al sistema económico de producción, de reparto y de consumo. ¿Debe propiciarse un sistema económico único o bien dejar la palabra final a los resultados de la libre experimentación?*

IV. — *El militarismo: a) en la Argentina; b) los avances materiales y espirituales hacia la dictadura y la guerra; c) ¿qué deben hacer los anarquistas en la lucha contra el militarismo? d) actitud ante la dictadura amenazante y después del golpe de Estado eventual.*

V. — *¿Basta la propaganda? La acción constructiva inmediata y la acción y la preparación revolucionaria.*

VI. — *Concepciones morales y fundamentales del anarquismo desde el punto de vista del individuo, de la familia y de la sociedad.*

VII. — *La escuela. La infancia. Literatura infantil.*

VIII. — *Ideas y sugerencias para regularizar la acción cultural del anarquismo por medio del libro y del folleto.*

IX. — *Sistematización de la ayuda solidaria a los viejos combatientes de la anarquía.*

X. — *Problemas de teoría y de táctica en la lu-*

cha cotidiana. 1) ¿Basta la defensa del proletariado en el terreno de la producción? Valor del sindicato obrero de lucha y límites de su acción. 2) ¿No hay posibilidad de defensa en tanto que consumidores? Formas de organización y de acción que puede representar en el terreno del consumo lo que el sindicato representa en el terreno de la producción. 3) ¿Cómo resistir a las invasiones y usurpaciones del estatismo en la vida individual y social? Medios de acción, de propaganda y de resistencia al estatismo en la sociedad actual.

XI. — *La violencia como medio de lucha social.*

XII. — *El arte y la revolución.*

XIII. — *La mujer y su integración en la lucha emancipadora.*

XIV. — *La cuestión campesina.*

XV. — *La causa de Simón Radovitzky: ¿Qué medios se proponen para intensificar la campaña y obtener su liberación?*

Tal es la orden del día que se propone, sin perjuicio de que los diversos grupos y compañeros del país sugieran algún otro punto.

Si se llega a un relativo esclarecimiento de los problemas más arriba enunciados, los sacrificios y esfuerzos que demande la realización de este congreso, no habrán sido inútiles para el porvenir anarquista en la Argentina.

¡Camaradas!

Después de siete años de intervalo, después de muchísimas experiencias se siente la necesidad de volver a encontrarnos todos para encarar con más acierto y mejores perspectivas los problemas del porvenir. Nuestra invitación no ha de caer en el vacío. Tenemos plena confianza en que ha de ser acogida como algo que estaba ya en el ánimo de todos. El anarquismo, pese a todas sus diferenciaciones internas, es uno en su aspiración irreductible hacia la libertad y hacia la justicia.

La Comisión Organizadora procura entrar en relaciones con compañeros de reconocida preparación para encomendarles el estudio de determinados temas; pero eso no debe impedir que todos los anarquistas se preparen, esforzándose por aportar al congreso el fruto de sus reflexiones, de sus estudios y de sus observaciones. El congreso será un acto genuinamente anarquista. Nada se discutirá en él que no esté inspirado por un noble afán de superación.

¡Al congreso, compañeros de todo el país!

La Comisión Organizadora.

La correspondencia dirijase al secretario J. Coloma; el camarada José Mazzola ha sido nombrado tesorero. Dirección: 25 de Mayo 3114, Santa Fe. Santa Fe, 28 de junio de 1929.

UN TRIUNFO TEATRAL DE E. MUEHSAM

Un doble motivo de júbilo: la obra de Erich Muehsam, "Sacco und Vanzetti", un drama sobre los mártires de Dedham, ha sido representada en Berlín con gran éxito. Es un formidable duelo entre la ley y la libertad. Los periódicos alemanes, burgueses y proletarios, coinciden en reconocer el valor de la obra, el acierto del autor y el ingenio para dramatizar el asunto. Nos alegramos de esto por el compañero Muehsam y por la memoria imperecedera de Sacco y Vanzetti.

LA UTILIDAD DEL ESTUDIO

Desde estas páginas se ha constatado millares de veces, y todos pueden hacer la misma constatación,

la pobreza del caudal ideológico de las nuevas generaciones revolucionarias. Algunas frases hechas, recogidas por ahí al azar, algunos pensamientos desembuchados por rutina, sin detenernos siquiera a comprobar si responden ya a las realidades actuales, todo nuestro bagaje de ideas está ahí. Como si la luz y el saber fuesen cosas reaccionarias, nos refugiamos en la ignorancia de todo, teniendo como suprema fuente de inspiración lo que el hábito ha ido creando en el trajín cotidiano. Pero realmente con ese espíritu estamos más cerca de conservar lo que existe que de aspirar con la pasión que debe caracterizar al revolucionario a su transformación.

Si viviera Proudhon lo apedrearíamos. ¿Cómo habríamos de tolerar un sabio, un economista de primera fuerza, un estudioso y un observador tan sagaz? Mencionamos a Proudhon para transcribir al azar una página suya. Pero igual podríamos mencionar a cualquier otro de los que, justamente para merecer el título de revolucionarios, han llegado a la sabiduría, o se han esforzado por llegar a ella, a fin de fundamentar mejor sus críticas al viejo sistema de explotación y de dominación. No podemos combatir con eficacia más que lo que conocemos; pero lo que conocemos no debe ser para nosotros nunca lo único existente; lo que conocemos hoy debe servir de escalón para conocer más al día siguiente.

Sin embargo, volvamos a lo que queríamos decir, o sea a la afirmación de que nuestra pobreza de ideas y de conocimientos restringe de un modo muy serio el campo de las actividades revolucionarias. Nos decimos enemigos del capitalismo y no sabemos más que algunas vaguedades, totalmente insuficientes, del capitalismo; nos decimos enemigos de la sociedad burguesa y no nos preocupamos por conocerla en su verdadera y completa efigie. De ahí la necesidad que advertimos nosotros de que los compañeros sean más estudiosos, más observadores, menos rutinarios. Con ese fin transcribimos este fragmento de una carta de Proudhon a Michelet en donde el gran padre de la anarquía hace estas consideraciones:

"Pero he creído, y vuestra gran alma sabrá comprenderme, que una generación mercantil debía ser atacada por el mercantilismo, una época industrial por el industrialismo, y no he vacilado desde hace dos años en hacerme el pionero de esa ciencia que no existe todavía, que quizás revolucionará nuestra vieja sociedad, quiero decir la economía social, la ciencia de los intereses.

"Es preciso más que valor, créame, señor, para sumergirse voluntariamente en ese mar de amarguras, salcísimo maré, en ese océano de disgusto que ha permanecido hasta aquí el dominio de los explotadores de la humanidad, y que apenas han desflorado los Adam Smith, los B. Say, y tantos otros...

"Más que ningún otro país, Francia, en razón de su naturaleza de artista, de su amor a las bellas cosas, de sus tendencias aristocráticas, repugna los estudios económicos, las investigaciones utilitarias.

"Queremos agitar, cambalachar, traficar, ganar; pero como si nos ruborizásemos de nuestro mercantilismo, como si nuestra conciencia descalificase nuestra práctica, una vez hecha la fortuna no podemos soportar que se nos hable de negocios, lo mismo que el villano de otros tiempos una vez ennoblecido no quería hablar de la plebe...

"¿Cómo emanciparnos sin embargo si no removemos ese estercolero?

"¿Cómo rehacernos una filosofía completa, una fi-

ELISEO RECLUS

RECUERDOS DE LA PRISION

(Relato enviado a Lissagaray por Eliseo Reclus)

1.º — Usted conoce Satory. La falta de aire y de sueño me han enloquecido durante ocho horas. Pasemos adelante.

2.º — Usted ha oído hablar sin duda de los vagones de animales en los cuales hemos sido transportados a Brest. Eramos cuarenta apilados en el vagón, echados los unos sobre los otros. Era una mezcolanza de brazos, de cabezas y de piernas. Los resguardos estaban cuidadosamente cerrados alrededor del cargamento de carne humana, no respirábamos más que por las hendiduras y los intersticios de la madera. Se había puesto en un rincón un montón de bizcochos desmenuzados; pero arrojados nosotros mismos sobre ese montón, sin saber lo que era, lo habíamos aplastado bien pronto, reducido a polvo. Durante veinticuatro horas, ninguna otra comida, ninguna bebida; sólo en Lorient se nos dió un trozo de pan del tamaño del puño. Pero en todo el viaje, durante treinta y una hora, ninguno de nosotros pudo bajar y respirar. Los excrementos de los enfermos se mezclaron con el lodo de nuestros bizcochos; la locura se apoderó de varios; se pegaban por tener un poco de aire, un poco de luga; varios de nosotros alucinados, furiosos, eran otros tantos animales feroces.

3.º — Quélern. Los marinos del navío de transporte habían despedido a nuestros sergents de ville con insultos, nos habían tratado cortésmente, respiramos el aire libre del mar, la mañana era bella, la mar fácil. Eramos felices y estábamos encantados de ese cambio repentino. Un capitán de gendarmería, Chevreuil, nos recibe en Quélern. Es un tropero imbécil, grosero, caprichoso, pero en el fondo no muy malvado. Amenaza mucho, pero no hace gran mal. Los guardianes son los moluscos que se vé en todas partes y

guardacostas y guarda-chusmas, gentes muy asombradas de tener que cuidarnos, y que cierran los ojos de buena gana sobre el reglamento.

Pero ese no era más que el período de la instalación. Llega el director, M. Delaunay, conocido de usted, el antiguo director de Beauvais. Muy cortés, muy justo también, puesto que la justicia en un maestro carcelero está en no admitir reclamaciones y en no creer más que en la palabra de sus subordinados que se expresan según las fórmulas reglamentarias y en el orden jerárquico. El hecho es que fuimos entregados a la discreción del guardián-jefe, un tal Rousseaux, antiguo carcelero de un prisión de Alsacia. Al pasar por París, había sido conducido ante miembros de la Comuna, había tartamudeado algunas frases patrióticas y la palabra Alsacia había suprimido todas las dificultades. Versalles le pagó dándole que perseguir a los comuneros; cumplir bien su tarea, sobre todo cuando la Comuna cayó. En tanto que estaba en pie, se nos maltrataba con una cierta ansiedad; algunas veces parecía que se nos pedía perdón, que casi se excusaban. Después de las jornadas de mayo, nada de clemencia, se sabía que no seríamos ya los amos.

Vivienda: veinte casamatas, donde estábamos repartidos a razón de cuarenta por cada una, acostados unos al lado de otros en montones de paja ensuciados por prisioneros anteriores. En las casamatas al nivel del patio, el aire se volvía horriblemente infecto durante la noche; pero en las casamatas de abajo, el olor era más fétido todavía. Los fosos de los excusados, mal contruidos, dejaban rezumar su contenido a través de los muros y, por la mañana, la esencia de excrementos llenaba la primera casamata una y dos pulgadas de profundidad. Había casamatas vacías del lado opuesto; no se tuvo la idea de transferir allí a los presos. Más tarde, cuando vinieron a agregarse a los ochocientos cautivos otros doscientos, se les puso en una barraca en medio del patio; cuando llovía, y llovía a menudo, la barraca se inundaba.

Alimento: primer mes, galleta y tocino rancio. "El que pretendía que la galleta está enmohecida irá al calabozo" — Segundo mes, un poco de caldo todos los domingos; los otros días "sopa" y alternativamente pan y galleta. La cantina estaba a cargo de un pequeño judío, representante de un antiguo prisionero (yo lo creo al menos, pero no lo afirmo), convertido en emprendedor de provisiones de la prisión. Según el cuaderno de los cargos, su beneficio debía ser limitado a 10 por ciento. Pero los beneficios calculados por nosotros no han pasado apenas de 480 ó 500 por ciento. Gracias al aire de la montaña y a la fuerza de alma que nos sostenía, todo iba todavía bastante bien; no había habido más que cinco muertos cuando Jules Simón llegó para suavizar nuestra suerte. Se dignó hallar que su antiguos elec-

tores — yo no era de ese número — tenían muy mala cara y se decidió que se recurriría a la severidad. Al día siguiente, orden de transferirme arriba en la prisión, los patios que habíamos fundado son cerrados por orden del ministro de Instrucción pública y ocho días después una apariencia de biblioteca que teníamos es prohibida. Al mismo tiempo, el régimen del calabozo comienza para los recalitrantes. Mi mejor amigo, muy mal visto a causa de esa amistad, está en uno durante treinta y cinco días; otro por más de dos meses. En fin, se me ha dicho, habiendo sido llamado a otras funciones el tío Delaunay — a la prisión de Loos —, mis camaradas respiraron. Un corso que se llamó a Quélern les trató mucho más humanamente.

4.º — Trébéron, hospicio militar, sobre una pequeña isla de granito, a tres kilómetros de Quélern. Allí estamos un poco mejor, zamarreados por cuatro gobiernos distintos y envidiosos los unos de los otros: las hermanas de caridad, los médicos, los oficiales de marina, el teniente de línea. Este habría querido ser malvado y feroz, pero los oficiales de marina y los médicos le trataron de "mufle", se burlaban de él y, en resumen, nos protegían un poco. ¿Cuántos han muerto en ese hospital, uno de aquellos donde se evacuaba a los enfermos de los pontones? Mis camaradas me han dicho que ochenta y cuatro, un guardián me ha dicho que una cuarentena. Yo no los he contado; el hecho es que el cementerio de la isla era demasiado pequeño y que se nos expedían los féretros por cargamentos.

5.º — Fontenoy. No he pasado más que una noche, una noche y un día, en el fondo de cala, sin aire, sin luz, ahogándome de calor y jadeante. Esas veinticuatro horas me han parecido sin fin y no estaba encadenado! El teniente del barco, muy cortés, me introdujo él mismo en esa prisión, que él llamaba la "Santa Bárbara, la prisión de los oficiales". ¡Y mis camaradas de la prisión vulgar!

6.º — Prisión militar de Brest. Atenciones, cuidados, respetos, víveres frescos, libros y periódicos, todo nos ha sido dado con la mejor gracia del mundo. No nos faltaba más que la libertad.

7.º — Prisión des Chantiers, en Versalles. Le presento al teniente Mercereau, teniente bonapartista, que hace propaganda vergonzosa con los folletos de Adam Lux. El mismo tiene la desfachatez de presentarme esas suciedades. Allí somos novecientos en tres grandes salas. El trato usted lo conoce por las cartas de Renard. "En cuanto veáis que en un grupo se agitan, que levantan los brazos, tirad, soy yo el que os lo ordena", — dice el coronel Gaillard a los soldados. ¡Somos la fuerza y permaneceremos siendo la fuerza! Y los señores Langlois, Naquet y otros se prestan a la farsa de ir a pedir informes a ese señor sobre el modo como se trata a los prisioneros.

8.º — Chenil de Saint-Germain. En el patio donde un cobertizo nos encierra se encuentra una bella cuadra; se reserva para el caballo del señor coronel, si se digna visitarnos. En cuanto a nosotros, estaremos siempre demasiado bien. Las ventanas de la perrera están cerradas con planchas y barrotes y no reciben aire más que por un postigo; cuatro cubas de suciedades que se vacían por la mañana. El techo es bajo, el aire es irrespirable. Poniendo a los caballos unos al lado de los otros, habría justamente lugar para diez y seis y allí estamos sesenta, ochenta, cien e incluso hasta ciento diez y siete, me ha afirmado un camarada.

9.º — Prisión de Chatou. Para memoria. Simple lock up.

10.º — Casamatas del Mont-Valerien. Frío terrible. No somos bastante numerosos para calentarnos los unos contra los otros. Por la noche, nuestro aliento que sube a los rieles de la bóveda se condensa allí y vuelve a caer en lluvia helada. Todas las noches un oficial muy cortés se presenta y pregunta si tenemos reclamaciones que hacer: "No queremos morir ni de frío ni de hambre", responden los prisioneros. El señor asume un aspecto de compasión, saluda seremoniosamente y al día siguiente vuelve a comenzar la misma comedia. Ciertamente, estábamos muy mal, y sin embargo cuando vimos un día entrar a diez y seis prisioneros de Saint Marcouf, comprendimos cuán dulce había sido nuestra suerte en comparación con la suya. En número de doscientos, los federados arrojados en las casamatas del islote de Saint Marcouf, habían estado, durante seis meses y más, privados de aire, de luz, de lectura, de conversación, de tabaco y casi de alimento. ¡Nada más que migajas de galleta enmohecida y tocino rancio! El escorbuto les había diezclado. Todos estaban enfermos. De tanto en tanto el general iba a insultarlos. En las prisiones que he recorrido, he podido recoger millares de testimonios. Mi impresión es que la peor de todas las prisiones ha sido Saint Marcouf; la más tolerable ha sido la de Fouerat, en la embocadura de la Charente.

11.º — Maison de correction de Versailles. Felizmente, diría, llego enfermo, eso hace que se me traslade a la enfermería. Esfuerzo allí a ración "semiviveres", caldo, un trocito de queso, algunas veces un vasito de vino. El alimento de la prisión es muy malo; hay cola a modo de pan. Gran vigilancia, pero no demasiada severidad. El señor guardián-jefe, que se cree el más inteligente de toda la banda, el señor inspector y el señor director, sin contar la señora superiora, se envidian y se vigilan mutuamente; además temen lo que dirán esos infames folicularios de París. Parecen decirse también: "Quien sabe, su día ha de venir quizás, seamos prudentes!"

12.º — Conclergerie. Conocido.

13.º — Sainte Pélagie, Cuartel de los prisioneros de derecho común. Nuestros espías son falsarios y condenados por robo.

14.º — Prisión de Pontarlier. Para memoria. Agrego aquí la estadística de los 800 prisioneros de Quélern: Parisienses, 160; franceses de provincia, 562; extranjeros, 78, sobre todo belgas y luxemburgueses. Saben leer al entrar, 650; analfabetos, 150. Tres meses después sabían leer, 750. Dinero escamoteado en el interrogatorio: 7.200 francos. Valor de los objetos quitados: 36.000.

(Apéndice a la *Histoire de la Commune de 1871* por Lissagaray).



LUIS BERTONI

La revolución en la práctica

I

En la reunión celebrada en Bienne en ocasión del cincuentenario del congreso de Saint-Imier, el camarada Bertoni y yo hemos expresado ideas que desagradaron al camarada Colomer, hasta el punto de hacerle afirmar en el "Libertaire" de París su certidumbre de que esas ideas son opuestas a las tendencias más vivaces del movimiento anarquista de hoy y que si los camaradas de Alemania, de España, de Rusia, de América, etc. hubiesen estado presentes, se habrían, como él mismo, "conmovido y casi indignado".

Según mi opinión, el camarada Colomer exagera un poco su conocimiento de las tendencias reales del anarquismo. En todo caso hablar de indignación cuando se trata de una discusión donde cada cual trata de aportar su honesta contribución al esclarecimiento de las ideas, para la mayor ventaja de un objetivo común, es un término por lo menos impropio. Pero es preferible continuar discutiendo cordialmente como lo hicimos en Bienne.

Bertoni sabrá ciertamente defender sus concepciones en "Le Réveil", yo lo haré en "Umanità nova", Colomer lo hará en "Le Libertaire"; otros camaradas intervendrán, lo espero, en la discusión, y así habrá una ventaja para todos, si cada cual se preocupa en las traducciones impuestas por la diversidad de las lenguas, de no desnaturalizar el pensamiento del contradictor. Y nadie se indignará de oír decir cosas en las cuales no había pensado nunca.

En Bienne las discusiones giraron sobre dos cuestiones: *Sindicalismo y anarquismo* y *La acción de los anarquistas al comienzo de una insurrección*. Volveré a hablar otra vez y sin apresuramiento de la primera de estas cuestiones, porque los lectores de "Umanità nova" deben ya saber lo que yo pienso al respecto. Me explicaré ahora sobre lo que dije respecto de la segunda de estas cuestiones.

Queremos hacer la revolución lo más pronto posible, aprovechando todas las ocasiones que puedan presentarse.

Aparte de un pequeño número de *educacionistas*, que creen en la posibilidad de educar la masa en las idealidades anarquistas, antes de que se haya operado el cambio de las condiciones materiales y morales en que vive, y dejan así la revolución para el tiempo en que todo el mundo sea capaz de vivir anárquicamente, los anarquistas están todos de acuerdo en derribar en cuanto sea posible los regímenes en vigor; son incluso con frecuencia los únicos en testimoniar una voluntad real de obrar.

Por otra parte se han hecho revoluciones, se hacen y se harán todavía independientemente de la voluntad y de la acción de los anarquistas. No sien-

do estos más que una pequeña minoría de la población y no pudiendo la anarquía establecerse por la fuerza, por la imposición violenta de algunos, es claro que las revoluciones pasadas y las de un próximo porvenir no han sido y no podrán ser revoluciones anarquistas.

Hace dos años la revolución estaba pronta a estallar en Italia y nosotros hicimos todo lo que estuvo en nuestro poder para hacerla estallar, calificando de traidores al proletariado a los socialistas y a los miembros de la Confederación del Trabajo que en ocasión de los movimientos contra la carestía de la vida, de las huelgas del Piemonte, de la sublevación de Ancona, de la ocupación de las fábricas, rompieron el ímpetu de las masas y salvaron el tambaleante régimen monárquico.

¿Qué habríamos hecho nosotros si la revolución hubiera estallado realmente?

¿Qué haremos en la revolución que estalle mañana? ¿Qué han hecho, qué habrían podido o debido hacer nuestros camaradas en las recientes revoluciones de Rusia, de Baviera, de Hungría y de otras partes?

No podemos establecer la anarquía o al menos extender la anarquía a toda una población y a todas las relaciones sociales, porque hasta el presente ninguna población es anarquista y no podemos tampoco aceptar un nuevo régimen sin renunciar a nuestras aspiraciones y perder toda razón de ser en tanto que anarquistas. ¿Así pues, qué podemos y debemos hacer? Tal es el problema planteado en Bienne y de un interés primordial en la hora actual tan llena de posibilidades, puesto que podríamos encontrarnos de repente en presencia de situaciones tales que nos viéramos obligados a obrar inmediatamente y sin vacilación o a retirarnos de la lucha después de haber facilitado la victoria a nuestros adversarios.

No se trataba de describir una revolución tal como nosotros la deseáramos, una verdadera revolución anarquista, posible si todos o al menos la gran mayoría de los hombres que habitan un territorio dado fueran anarquistas. Se trataba, al contrario, de buscar lo que habría habido que hacer en favor de la causa anarquista en una revolución social que pudiera sobrevenir actualmente.

Los partidos autoritarios tienen un programa determinado y quieren imponerlo por la fuerza; a tal efecto, aspiran a posesionarse del poder, importándoles poco que sea por medios legales o no, y a transformar así la sociedad a su modo por medio de una legislación nueva. De ahí proviene el hecho que esos partidos revolucionarios en palabras y a menudo en intenciones también, vacilan luego en hacer la revolución cuando se presenta la ocasión; no están seguros de la aquiescencia, incluso pasiva, de la mayoría, no tiene fuerzas militares suficientes

para hacer ejecutar sus órdenes sobre todo el territorio, carecen de hombres competentes abnegados en la infinidad de ramas de actividad social... y son llevados a postergar siempre para más tarde la acción, hasta que la revolución popular los eleva casi a pesar suyo al poder donde luego quisieran quedar indefinidamente y tratan con ese fin de refrenar, de dirigir, de detener la revolución que les ha elevado. Nosotros, al contrario, tenemos un ideal por el cual combatimos, que quisiéramos ver realizado, pero no creemos que un ideal de libertad, de justicia, de amor pueda ser realizado por medio de la violencia gubernamental.

No queremos conquistar el poder y no queremos que nadie lo conquiste. Si no podemos impedir, por falta de fuerzas suficientes, que se constituyan y que existan gobiernos, tratamos y trataremos siempre de que esos gobiernos sean y permanezcan lo más débiles posible y es por eso que estamos siempre dispuestos a obrar cuando se trata de derribar o de debilitar un gobierno sin preocuparnos demasiado (digo demasiado y no absolutamente) de lo que ocurra después.

Para nosotros la violencia no sirve y no podría servir más que para rechazar la violencia, y cuando sirve, al contrario, para finalidades positivas, o fracasa completamente, o logra establecer la opresión y la explotación de los unos por los otros.

La constitución de una sociedad de hombres libres y su mejoramiento progresivo no puede ser más que el resultado de la libre evolución; y nuestra labor de anarquistas consiste precisamente en defender, en asegurar la libertad de la evolución.

Derribar y contribuir a derribar el poder político cualquiera que sea, con toda la secuela de las fuerzas represivas que lo sostienen; impedir o tratar de impedir la constitución de nuevos gobiernos, de nuevas fuerzas represivas y en todo caso no reconocer jamás ningún gobierno y estar siempre en lucha contra él, reclamando, y si es posible exigiendo hasta por la fuerza, el derecho a organizarnos, a vivir como bien nos parezca y a experimentar las formas sociales que nos parecen mejores, siempre con la reserva, claro está, de respetar una libertad igual en los otros: he ahí nuestra misión.

Fuera de esa lucha contra el yugo gubernamental que engendra y hace posible la explotación capitalista — después de haber incitado y ayudado a la masa del pueblo a apoderarse de la riqueza existente y especialmente de los medios de producción, después de haber llegado a una situación en que nadie pueda imponer su voluntad a otros por la violencia y en que nadie pueda quitar a otro, por la fuerza, el producto de su trabajo —, no podríamos obrar ya más que por medio de la propaganda y del ejemplo.

¿Destruir las instituciones, los mecanismos, las organizaciones sociales existentes? Ciertamente, si se trata de instituciones represivas; pero estas representan poco en la complejidad de la vida social. Policía, ejército, prisiones, magistratura, medios poderosos para el mal, no ejercen más que una función parasitaria. No ocurre lo mismo con instituciones que, bien o mal, llegan a asegurar la vida a la humanidad, y esas instituciones no podrían ser destruidas útilmente sin ser reemplazadas por algo mejor.

El cambio de las materias primas y de los productos, la distribución de los artículos alimenticios, los ferrocarriles, los correos y todos los servicios pú-

blicos explotados por el Estado o los particulares, han sido organizados de modo como para servir a los intereses monopolizados y a los capitalistas, pero responden también a una necesidad real de la población. No podemos desorganizarlos (y por otra parte la población interesada no lo permitiría), a menos de reorganizarlos mejor. Y esto no podría hacerse en un día, y nosotros no seríamos capaces actualmente de hacerlo. Muy dichosos, pues, si en espera de que los anarquistas puedan realizar eso, otros ocupan su puesto, aun con métodos diversos de los nuestros.

La vida social no admite interrupción. Las gentes quieren vivir el día de la revolución, el día siguiente y todos los días que le sigan.

¡Ay de nosotros, ay del porvenir de nuestras ideas si debiésemos asumir la responsabilidad de una destrucción insensata, que comprometería la continuidad de la vida!

Discutiendo en Bienne sobre estas cosas, vino sobre el tapete la cuestión del dinero, cuestión grave entre todas.

Por costumbre, en nuestros ambientes, la cuestión es resuelta de modo simplista diciendo que el dinero será abolido.

Y eso sería perfecto si se tratase de una sociedad anarquista o de una hipotética revolución a hacer de aquí a cien años y siempre en la hipótesis de que las masas pudiesen volverse anarquistas y comunistas antes de que una revolución haya cambiado radicalmente sus condiciones de vida.

Pero hoy la cuestión es mucho más complicada. El dinero es un poderoso medio de explotación y de opresión; pero es también el único medio (fuera de la más tiránica dictadura o del más idílico acuerdo) imaginado hasta el presente por la inteligencia humana para regular automáticamente la producción y el reparto.

Por el momento, más bien que preocuparse de la abolición del dinero, convendría quizás mejor buscar un modo para que el dinero represente realmente el esfuerzo útil realizado por quien lo posee.

Pero vayamos a la práctica inmediata que en realidad es lo que fué objeto de la discusión de Bienne.

Imaginemos que mañana se produce una insurrección victoriosa. En anarquía o no, será preciso que la población continúe comiendo y satisfaciendo sus necesidades primordiales. Será preciso que las grandes ciudades sean aprovisionadas más o menos como de ordinario. Si los campesinos y los acarreadores, etc. rehusan entregar los artículos que poseen y sus servicios gratuitamente, sin recibir el dinero que tienen el hábito de considerar como la riqueza real ¿qué haremos?

¿Obligarles por la fuerza? Entonces adiós anarquía, pero adiós sin ningún cambio mejorativo. Rusia nos lo enseña.

Peró, responden generalmente los camaradas, los campesinos comprenderán las ventajas del comunismo o al menos del cambio directo de las mercaderías.

Muy bien. Pero ciertamente no en un día y las gentes no pueden quedar sin comer ni siquiera un día.

Yo no pretendía proponer soluciones. Quiero simplemente atraer la atención de los camaradas sobre gravísimos problemas ante los cuales puede colocarnos la realidad mañana.

Que los camaradas nos aporten sus luces sobre la

cuestión; y que nuestro amigo y camarada Colomer no se escandalice ni se indigne.

Si estas son cuestiones nuevas para él, no corresponde a un anarquista azorarse tanto ante lo nuevo. (De "Umanitá nova", octubre de 1922).

Errico MALATESTA

II

Sin querer detenernos en ella más de lo que su importancia lo exige, no podríamos pasar en silencio aquí la cuestión del dinero promovida incidentalmente en una reunión de camaradas en Bienne hace dos años.

Digamos ante todo que sería sin duda muy interesante para nosotros conocer en sus detalles el rol y el funcionamiento de la Banca en nuestro mundo capitalista. Sabemos algo por oídas, por revelaciones fragmentarias, pero el conjunto de esa institución formidable y omnipotente permanece siempre oculto para nosotros. Y sin embargo la Banca es por decirlo así el corazón del organismo capitalista. No podríamos herirle más acertadamente que en la Banca. Pero — y este es un problema al que confesamos no poder dar respuesta — ¿cómo en el primer período revolucionario, caída la Banca en nuestras manos, podría proporcionarnos una parte de esa potencia que representaba en manos de sus enemigos? Esto no quiere decir de ningún modo que preconizamos el sostenimiento del sistema bancario; sino simplemente que buscamos el provecho eventual que podríamos sacar de él en las relaciones con otros países que no se encontrasen todavía en estado de revolución.

Por otra parte, recordémonos bien que aun con una revolución triunfante el cambio comunista con todas las instituciones que implica queda por crear, y que podríamos también tener interés o ser forzados a servirnos del antiguo sistema de cambio capitalista durante un cierto tiempo. Es inconcebible que en una sociedad en que el dinero es todo, su eliminación sea completa de la noche a la mañana y su inutilidad se vuelva evidente a los ojos de todo el mundo.

Habíamos promovido esta cuestión en Bienne porque en el espíritu de muchos camaradas el mal supremo de nuestra sociedad es el dinero, y les parece que de la destrucción de este se derivaría la solución lógica de todos los problemas que tratamos en vano y penosamente de resolver hoy. En realidad la destrucción radical de todo el valor monetario no representa por sí misma ninguna solución y podría al contrario ser para nosotros la renuncia a una fuerza de resistencia, de presión y de éxito.

Nuestros enemigos lo concentran todo en la Banca, por eso es a ella a la que tendremos que atacar y tomar sin tardanza para reducirles a la impotencia. ¿Pero cómo deberá operarse nuestra destrucción y qué podríamos conservar momentáneamente, susceptible de servirnos en la lucha revolucionaria que tenemos que conducir?

Es un problema, lo repetimos, que nos gustaría ver tratado por gentes más competentes que nosotros, forzados a limitarnos a un orden bien modesto de consideraciones.

Hubo camaradas que se indignaron, como ante la idea de una traición negra a los principios del anarquismo; al escuchar algunas observaciones hechas por nosotros sobre el dinero, sin pretender por otra parte sacar conclusiones, sino simplemente a título de indicación de un problema que merece ciertamente ser profundizado. Ha seguido una polémica en

donde nuestros contradictores trabajaron de pura fantasía, afirmando que queremos imponer el dinero, cuando no se trataba más que de conservarlo para aquellos que lo reclamaban, o respondiéndonos triunfalmente que todos los productos útiles serían mucho más preferidos a un papel en lo sucesivo sin valor, sin tener en cuenta que no habíamos hablado más que de un primer período en que parecía casi imposible que pudiera establecerse un intercambio completo y regular de servicios y de productos.

Por lo demás, estamos más que seguros de que nuestros contradictores, llegado el caso, harían como nosotros. Advertimos ante todo que sería absurdo arrojar a la calle los metales amonedados, puesto que esos metales tienen su indudable utilidad y constituirán, como los otros, materia de cambio. En cuanto a los billetes de banca, antes de deshacerse de ellos, cada cual querrá esperar el giro de los acontecimientos y ver si, eventualmente, no podrían ser reclamados como reconocimiento de productos de cambio debidos y que no estaríamos muy probablemente en situación de entregar de inmediato.

Como anarquistas, si por una parte queremos el cambio lo más radical posible, por otra no sabríamos concebirlo más que gracias a un consentimiento libre, voluntario. Reservamos el uso de la fuerza contra todos los que quieren someternos a su autoridad y a su explotación, pero si recurrimos a la violencia para imponer nuevas formas económicas, nos sería preciso luego mantenerlas por una policía armada, es decir reconstituir el ejército.

Concebimos una organización social comunista — que no hay que confundir de ningún modo con el capitalismo de Estado bolchevista —, organización que no queremos sin embargo decretar, sino realizar por nuestros adeptos en la más amplia medida posible y de modo como para ganar rápidamente adhesiones cada vez más numerosas. No podríamos pensar en "expediciones punitivas" contra poblaciones que prefieren organizarse de otro modo que nosotros, a menos que traten de englobarnos y de someternos por la fuerza a ellas.

Para los que no añelan más que constituir ante todo un nuevo Estado, el problema capital está en ponerse en lugar del poder caído, pues el resto no tiene más que una importancia secundaria y puede ser relegado para las generaciones del porvenir. Ahora bien, cambiar el Estado es... encontrarnos otra vez con la misma cosa. Los verdaderos cambios deben operarse en las formas de posesión, de producción, de disfrute, de reparto, de intercambio, en todas las costumbres, en todas las relaciones de pueblo a pueblo. Esa es una tarea inmensa que sólo la acción espontánea, directa, libre de las masas — que no excluye sin duda la intervención de la propaganda, de ejemplos y de influencias de grupos y de individuos — podrá realizar. Todo Estado, en cambio, forzado a servirse de los mismos medios termina en los mismos resultados.

Por tanto, como conclusión, no entendemos hacer nuevas emisiones de papel moneda, como quisieron pretender algunos camaradas fantistas. Hemos querido simplemente atraer la atención sobre el peligro que podría constituir la destrucción de todo signo monetario, aceptado hasta aquí por todo el mundo, al día siguiente de una revolución, antes de haber organizado efectivamente el intercambio de los productos más variados de un modo completo, práctico y satisfactorio para todos.

Todo nos lleva a creer que el dinero tendrá que

desempeñar durante algún tiempo todavía un cierto papel, antes de que la humanidad haya fundado su economía nueva. Y hemos constatado con placer que el camarada Nettelau, por ejemplo, ha comprendido muy bien nuestro pensamiento y por su parte lo ha expresado así:

"Una revolución debe ante todo ser completa a fin de hacer imposible todo regreso al pasado. Pero si el comunismo libre, directo, puede establecerse en un radio en que todo el mundo se conoce — en una población y en sus alrededores, por ejemplo, con depósitos de materias primas, almacenes de productos manufacturados y de víveres, fábricas y talleres, y formando grupos de casa, de calle y de barrio — no pasa lo mismo entre localidades diferentes, para las cuales el cambio libre es imposible al comienzo, sea porque se pedirán los mismos objetos desde varios lugares, sea porque no se tendrá influencia sobre todos los habitantes como en los grandes centros revolucionarios.

Al desaparecer el Estado, el papel moneda, garantizado por el Estado, perderá todo el valor y desaparecerá también. Queda el oro del tesoro nacional o de la banca de Estado y de las bancas privadas. Ese oro que queda en casa de los burgueses y de los campesinos estará bien oculto y no podrá ser confiscado, incluso con una fuerza autoritaria, por tanto es inútil hablar de él. Ese oro no querrá mostrarse y es todo lo que se puede desear.

¿Pero qué hacer con el oro del Estado y de los grandes bancos? El oro es indestructible. Si se le conserva, él será la esperanza de la contrarrevolución; si se le gasta para compras en el exterior, la reacción extranjera se servirá de él, mientras que se crearían falsas apariencias de prosperidad revolucionaria. Pero admitamos que una pequeña parte sea empleada para las compras indispensables, el resto será utilizado para los cambios con los campesinos y con las regiones del país no ganadas enteramente para la revolución. En una palabra, la revolución pagará en oro y si este fuese insuficiente para asegurarle el avituallamiento de parte de los campesinos, habría que desesperar de llegar a ello de otro modo.

Antes que el oro haya sido agotado, será preciso que la producción industrial comunista libre se desarrolle felizmente, que la revolución se afirme y muestre todo aquello de que es capaz. El oro habrá servido para darle un tiempo de respiro al comienzo, cuando era todavía débil.

Yo no creo que haga falta inquietarse mucho por ese oro, tan radicalmente descentralizado y vuelto inofensivo, puesto que es remitido directamente y es bien ocultado por los campesinos, fuera de todo intermediario, banqueros, especuladores, etc. Se encontrará en cien mil manos.

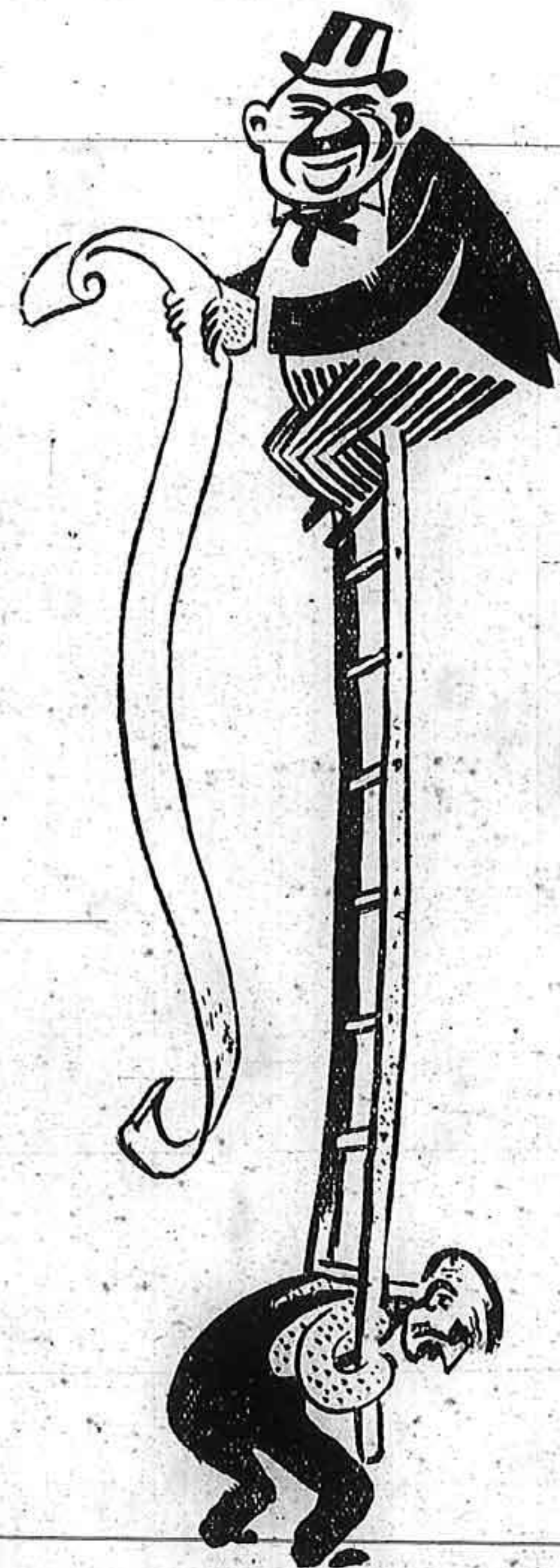
Una vez seriamente establecida la producción licuando los que lo detentan se sirviesen de él para algunos disfrutes personales, pues, punto esencial, bre, su peligro sería relativamente pequeño, aun no hallarían ni asalariados a quien explotar ni tierras e instrumentos de trabajo que adquirir en propiedad exclusiva.

Bien asentado el nuevo régimen, el oro servirá todavía para fabricar cosas preciosas, y para compras y viajes personales en el extranjero. Su papel sería inofensivo y útil al mismo tiempo, aun siendo todavía un medio de circulación, pero no ya de acumulación ni de corrupción".

Estas observaciones y consideraciones del cama-

rada Nettelau podrían formar el fondo de un debate interesante desde el punto de vista de nuestra acción práctica ante las primeras dificultades que encontraríamos en la obra de transformación del régimen económico.

(De "Le Réveil", septiembre de 1924).



Servilismo voluntario

Dr. H. JAWORSKI

La curación de la vejez

Rejuvenecer no es necesariamente prolongar la vida. Es sobre todo luchar contra las taras de la vejez y, en cierta medida, prolongar la actividad vital. Envejecer es fatigarse.

Es caer poco a poco en la decrepitud, sentir acumularse las incomodidades y los malestares, en una palabra es decaer. Y nadie puede dejar de querer rejuvenecerse.

El automóvil, el teléfono, la T. S. F., el cine y muchas otras invenciones contemporáneas producen una fatiga suplementaria importante para nuestro sistema nervioso. Vivimos con un ritmo muy diferente y una jornada en 1928 para un hombre destacado equivale quizás a diez de un personaje que ocupase la misma posición en el siglo XVII.

Desde la mañana, el periódico conmueve su conciencia haciéndole participar en los acontecimientos del mundo entero, y por la noche la T. S. F. resuena en su casa después de una jornada de carreras y de consultas algunas veces interrumpidas por el teléfono.

Condensamos de buena gana el pasado en nuestro espíritu y le vemos agitarse como se agita el presente, pero un estudio más profundo, una aclaración de los hechos en su cuadro, nos muestra bien pronto que el pasado se extiende tras nosotros como un largo, muy largo perezoso.

A nuestra fiebre, a nuestra trepidación le hacía falta un alivio. Y además, el ser que ha dominado los abismos del mar y las cumbres de la atmósfera, el ser que, de día en día, acrecienta sus posibilidades, no puede someterse a una vejez inelectable. Si no se puede rejuvenecer todavía, si el milagro de Fausto es irrealizable, quiere al menos permanecer joven y morir sano. Y eso es posible.

La imagen clásica del anciano en pantuflas sentado junto al fuego, tiende a desaparecer ante otra menos lamentable...

Varias novelas sobre el rejuvenecimiento han aparecido estos últimos tiempos. Todos los autores, con una imaginación que se les puede envidiar, han visto el problema resuelto y han tejido sus tramas sobre los inconvenientes y los aspectos molestos del rejuvenecimiento de los viejos.

Eso era verdaderamente avanzar demasiado pronto. En realidad estamos muy lejos de esos sueños y de los problemas que promueven; por otra parte el objetivo fundamental del rejuvenecimiento no es rejuvenecer a los viejos, sino impedir la vejez.

¿En qué medida lo podrá conseguir el hombre completamente? El porvenir sólo lo sabrá y un porvenir bastante próximo.

Hoy se puede ya mucho.

Maurice de Waleffe, en una reciente encuesta al

respecto, ha probado que hay numerosos rejuvenecidos.

Envejecer, es fatigarse, hemos dicho, y la fatiga implica la usura de los órganos, sólo que esa usura es muy variable según los individuos, más aun según la edad. Hay viejos de 40 años y jóvenes de 60. Personas de 70 años tienen ojos excelentes, pero son los dientes los que desaparecen. Otros han comenzado a envejecer por los oídos, mientras que, en algunos disminuye el apetito sexual o huye el sueño. En resumen la fatiga implica el agotamiento, pero es preciso reconocer que esa fatiga se acentúa más aquí o allí por malas condiciones locales, debidas, probablemente a intoxicaciones.

De cualquier modo, y sin que podamos tocar a fondo la cuestión, el número de métodos serios propuestos para el rejuvenecimiento es actualmente de cinco.

El método de Steinach ha dado buenos resultados, sobre todo a él y a sus discípulos, pero otros operadores no han obtenido nada. Consiste en la ligadura del canal deferente, de modo que la glándula trabaje para el organismo donde se encuentra. Naturalmente la operación se hace de un solo lado.

Voronoff utiliza también las mismas hormonas vivificantes, pero, como se sabe, las toma de las glándulas de los monos de los cuales transplanta trozos sobre el testículo del hombre. Los resultados de esa operación son a menudo brillantes y durables, pero no está exenta de ciertos inconvenientes y no es fácil rehacerla en caso de fracaso. No se aplica más que a los hombres.

Dopler, médico vienés, ha observado que la arteria espermática, con la edad, es invadida por pequeños filamentos simpáticos que tienden a restringirla. Con una limpieza hecha con una fuerte solución fénica el operador destruye esos filamentos, la arteria vuelve a adquirir su calibre entonces. El resultado obtenido, muy interesante, parece, dura menos de un año. Esa operación debería hacerse como un accesorio de las operaciones de hernias.

El método nuevo de Busquet consiste en inyecciones de suero activado de toro. La dosis a utilizar es de 20 centímetros cúbicos por día, en dos ocasiones. La mujer, lo mismo que el hombre, puede someterse a ese tratamiento. Los efectos duran alrededor de tres semanas, y el método debe ser renovado sin cesar.

Nuestro método de rejuvenecimiento por las inyecciones de sangre humana joven tiene sobre todo una inmensa ventaja, y es que es absolutamente inofensivo.

Claro está, la mentalidad de los barqueros del Tamesis contra James Watt existe aún y las críticas y las dudas injustas han comenzado. Pero en realidad

las garantías son absolutas tanto más cuanto que nosotros no empleamos ya la sangre, sino el plasma o el suero esterilizado. Esa esterilización es posible porque la acción de la sangre joven no es de orden biológico, sino de orden químico. No sabemos justamente lo que obra en la sangre joven, pero se ha demostrado que ese líquido posee una preciosa acción rejuvenecedora.

Los trabajos de Carrel y de Busquet han venido a confirmar de un modo absoluto el descubrimiento que hice de la acción rejuvenecedora del suero joven. Carrel había dado la prueba indirectamente, demostrando que el medio favorable para sus cultivos de tejidos, fuera del organismo, era el plasma sacado de la sangre de un animal joven, mientras que el plasma de animales viejos detenía ese desenvolvimiento.

Busquet, después de mí, aporta una prueba directa mostrando la acción del suero joven por simple ingestión.

La acción rejuvenecedora de mi tratamiento se obtiene por una serie de inyecciones intravenosas hechas con un preparado de sangre de varios dadores y dadoras elegidos especialmente para cada caso. El plasma joven nos ha permitido observar en los hombres y en las mujeres fenómenos de rejuvenecimiento médico: disminución de la presión arterial, renovación del apetito sexual, desaparición de la fatiga y del insomnio, facilidad de trabajo, vuelta de esa euforia que es patrimonio de la juventud.

C. BERNIERI

Un federalista ruso: Pedro Kropotkin

Uno de los aspectos más interesantes del pensamiento político de Pedro Kropotkin, es el federalismo, motivo del que se ocupa con frecuencia en sus escritos y constituye una de las bases de su ideología anárquica. El federalismo kropotkiniano, no siendo una teoría sistemática y no diferenciándose profundamente del federalismo de Proudhon y de Bakunin, presenta varias características, que hacen interesante su examen.

Tal examen requiere un *excursus* biográfico que ilumine el génesis del pensamiento federalista de nuestro Maestro, estudiando el ambiente en que éste pensamiento se formó y afirmó. Tiene razón Tilgher (1), que escribiendo de Kropotkin, observa: "No no comprendería nunca el espíritu íntimo del movimiento anarquista, si no se le considera históricamente como una reacción radical y violenta contra la profunda transformación que ha sufrido en el curso del siglo XX la institución estatal".

Kropotkin, príncipe-anarquista, es, en efecto, la mejor demostración de este aserto.

La límpida y detallada autobiografía (2) de Kropotkin permite seguir paso a paso las varias fases

La marcha se hace más fácil, la lucidez más grande y, generalmente, el ambiente no prevenido ha constatado un verdadero rejuvenecimiento físico. En todos los casos la presión se vuelve normal en los hipertendidos.

Obtenemos muy buenos resultados en los casos de anemia y de neurastenia y los muy raros fracasos sufridos nos han probado que la verdadera cura de la impotencia había sido hallada. En efecto, la sangre joven no obra como un estimulante sexual, medicación peligrosa que debe ser proscrita, sino como un verdadero regenerador, y es indirectamente como se acrecienta la actividad viril. No es, pues, artificialmente como se excita la potencia sexual, sino porque el individuo es rejuvenecido y porque el juego normal de todas sus funciones es restablecido.

El tratamiento no produce ninguna perturbación y ningún cambio en los hábitos de los enfermos. No exige ninguna interrupción de las ocupaciones habituales y las inyecciones han sido practicadas a veces sobre damas que se hallaban listas para ir al teatro o a veladas.

Evidentemente, esto es ya muy hermoso. Steinach, después Brown-Sequard, Dopler, después Voronoff, Busquet después de nosotros, debemos ser considerados como los campeones de una gran causa. Otros vendrán luego que irán más lejos todavía, porque, al menos por nuestra parte, sentimos que lo que hacemos es muy poco al lado de lo que es posible.

de la formación de su pensamiento federalista.

A los diez y nueve años, oficial de cosacos, va a la Transbaikalia, donde se interesa con pasión en las grandes reformas iniciadas en 1862 por el gobierno y confiadas a la administración superior de Siberia. Secretario de los comités gubernativos, en contacto con los mejores funcionarios, empieza a estudiar varios proyectos de administración municipal, pero bien pronto vé todos los esfuerzos de renovación obstaculizados por los *jefes de distrito*, protegidos por los *gobernadores generales*, supeditados, a su vez, a las órdenes y la influencia del gobierno central. La vida administrativa le revela diariamente sistemas y métodos absurdos, así que, viendo la imposibilidad de una reforma cualquiera, en 1863 participa en una larga expedición por el Amur.

Durante una tempestad cuarenta barcos naufragan y se pierden dos mil toneladas de harina. Esta catástrofe le ofrece la ocasión de conocer aun mejor la burocracia central. Las autoridades no quieren creer el desastre y los mismos empleados en los *asuntos de Siberia*, en Petrogrado, revelan una completa ignorancia sobre todo lo que respecta a su particular... competencia. Un alto funcionario le dice: "Pero, querido, cómo es posible que cuarenta barcos sean destruidos en el Neva sin que alguno intente salvarlos!" Respondiéndole Kropotkin, que

el Amur es cuatro veces más largo que el Neva, el funcionario pregunta muy extrañado: ¿Pero, es verdaderamente tan grande? y pasa, tontamente, a hablar de frivolidades.

Kropotkin parte para la Manchuria más que nunca desilusionado de la administración central. Debió, ciertamente, pensar en los burócratas de Petrogrado cuando, en la frontera china, un funcionario del Celeste Imperio rechazó su pasaporte porque consistía en una modesta hoja protocolar, mientras que demostró gran respeto por un viejo número de la voluminosa *Gaceta de Moscú* que se le mostró como pasaporte.

Siendo *attaché* al gobierno general de los asuntos de los Cosacos, Kropotkin hace una cuidada encuesta sobre las condiciones económicas de los Cosacos del Ussuri. Vuelto a Petrogrado es felicitado, ascendido y premiado. Pero la actuación práctica de los proyectos propuestos fracasa por culpa de los funcionarios, que roban el dinero y continúan fustigando a los campesinos en vez de suministrarles el ganado y aliviar con pronto e idóneos socorros, los daños de la carestía. "Esto sucedía — dice Kropotkin — en todas partes, empezando por el Palacio de Invierno, en Petrogrado, para terminar en el Ussuri y en la Kamchatka: La alta administración de la Siberia tenía buenisimas intenciones y es mi deber repetir que, considerando en conjunto, era mucho mejor y se interesaba más por el bienestar del pueblo que la administración de cualquier otra provincia de Rusia. Pero era una administración — una rama del árbol que tenía raíces en Petrogrado, y esto bastaba para paralizar todas sus excelentes intenciones, bastaba para hacer que se interpusiera y sofocase todo principio de vida y proyecto autónomo.

Cualquier cosa que fuese iniciada por los habitantes para el bien del país despertaba sospechas, y era paralizada inmediatamente por mil dificultades, que provenían, no tanto de la mala voluntad de los administradores, sino del hecho que dichos funcionarios pertenecían a una administración centralizada y gerárquica. El simple hecho de pertenecer a un gobierno que irradiaba de una lejana capital hacía que consideraran todas las cosas del punto de vista del empleado gubernativo que primero pregunta qué dirán los superiores y qué efecto tendrá esto o aquello sobre el mecanismo administrativo. Los intereses del país quedaban relegados a segundo término.

Paralelamente al conocimiento del mal funcionamiento de los organismos administrativos centralizados contribuyeron a la formación de su personalidad anarquista las observaciones sobre el *libre acuerdo entre los interesados*, que él hace continuamente durante los largos viajes por la Siberia y la Manchuria. Comprende en toda su evidencia la función que la masa anónima ejercita en los grandes acontecimientos históricos y en general en el desarrollo de la civilización. Esta revelación informó después, como veremos, toda su crítica sociológica y fué la base de su método de averiguación histórica.

Llegado a Occidente, a Suiza, ejerció sobre sus tendencias federalistas y libertarias gran influencia el contacto con la Federación del Jura, que en 1872 había tomado una dirección esencialmente autonomista y antiautoritaria. Hay que hacer notar que a determinarse en tal sentido contribuyó mucho el dominio fuertemente centralizado, diríase tiránico, del Consejo general de la Internacional. (3)

Es necesario agregar que los militantes de la Fe-

deración del Jura estaban imbuídos del anarquismo bakuniano esencialmente federalista. Kropotkin no estuvo nunca en contacto directo con Bakunin, como él mismo lo declara.

Vuelto a Rusia y puesto en contacto con los grupos intelectuales de la izquierda, Kropotkin constata nuevamente la inutilidad de los esfuerzos hechos por aquellos que intentaban la regeneración del país a través de los *zemstvos* (4)

No obstante las desilusiones sufridas durante la actividad administrativa precedente al abandono de Rusia, Kropotkin pone nuevamente manos a la obra, y habiendo heredado la propiedad paterna de Tambov, allí se establece, dedicando todas sus energías al *Zemstvo* local. Pero debe constatar una vez más la imposibilidad de instituir escuelas, cooperativas, granjas-modelo sin crear nuevas víctimas del gobierno central.

Según los artículos que Kropotkin publicó entre 1879 y 1882 en *le Révolté* de Ginebra, es evidente que la vida administrativa de los Estados occidentales no le ofreció sino nueva materia a la crítica antiestatal y lo confirmó siempre más en sus ideas federalistas y libertarias. Donde hay centralización se halla fuerte la burocracia, "un ejército de empleados, arañas con largas uñas que no conocen del universo más que lo visto a través de los sucios cristales de la oficina o lo contenido en los textos absurdos que llenan el papelote de los archivos; multitud estúpida que no tiene otra religión que el dinero, ni más preocupación que la de pegarse a un partido cualquiera, negro, azul o blanco, que le garantice un máximo de sueldo por mínimo de trabajo. (5). Y la centralización, que lleva forzosamente al funcionarismo, se le aparece a Kropotkin como una de las características del régimen representativo. El vé en el parlamentarismo el triunfo de la incompetencia, y así habla, con pintoresca ironía, de la actividad administrativa y legislativa del diputado que no es llamado a juzgar y a preveer lo que es de su particular competencia y se refiere al propio colegio, pero sí a emitir una opinión, a dar un voto sobre la serie variable hasta el infinito de las cuestiones que surgen de esa mastodóntica máquina que es el Estado centralizado. "Tendrá que votar el impuesto sobre los perros y la reforma de la enseñanza universitaria, sin haber estado jamás en la Universidad ni saber nada de la importancia de un perro de ganado o uno de caza. Deberá emitir su opinión sobre las ventajas del fusil Máuser y sobre la región donde el Estado debe establecer las *remontas* de caballos y mulas para el ejército; votará sobre la filóxera, el guano, el tabaco, la enseñanza elemental y superior, el saneamiento de las ciudades; sobre las colonias, la construcción de caminos y el observatorio astronómico. No importa que no haya visto soldado más que en las grandes paradas, para que tenga que tratar sobre la movilización de grandes ejércitos; el que ignore lo que son los indígenas de una colonia no puede ser obstáculo que le impida el imponerles un código. Votará la reforma del ros y la guerrera según el gusto de su esposa; protegerá el azúcar y sacrificará el trigo; matará la viña creyendo que la defiende; votará la defensa de los bosques contra la riqueza de ganados, o al revés, favorecerá los ganados arruinando a los bosques; anulará un canal por dar vida a una vía férrea, sin saber a ciencia cierta en qué parte de la nación están el uno y el otro; añadirá

nuevos artículos al código penal sin haberlo consultado nunca. Proteo omnisciente y omnipotente, hoy militar, mañana criador de cerdos, vaquero, académico, médico, astrónomo, negociante, será mil cosas más si la orden del día del congreso así lo exige. Acostumbrado a su profesión de abogado, de perito o de hablador en las reuniones públicas, a tratar siempre de lo que no entiende, votará sobre todas las cuestiones con la misma tranquilidad que actuaba en su antigua profesión, con la sola diferencia de que antes su artículo o gacetilla no tenía otro alcance que distraer o admirar a su portero; sus discursos en el tribunal adormecían a los jueces, mientras que ahora su opinión, más necia que antes, sí cabe, será ley para unos cuantos millones de personas" (6).

Pero el mundo occidental, junto a los absurdos administrativos de los regímenes representativos centralizados, le revela, más vasta y compleja, la formidable fuerza observada en el *Mir* ruso: la de las libres asociaciones que se "extienden y empiezan a abarcar todas las ramas de la actividad humana" y que le hacen afirmar que "el porvenir pertenece a la libre asociación de los interesados y no a la centralización gubernativa" (7). Especialmente los años pasados en Inglaterra, país en donde la autonomía de los ciudadanos y el enorme desarrollo de la libre iniciativa sorprende profundamente al extranjero venido de países eslavos o latinos, han llevado a Kropotkin a dar en algunos casos excesivo valor a la asociación.

Al conocer Kropotkin, directamente el occidente, sus estudios toman una nueva dirección. Geógrafo en Rusia, vuélvese un apasionado historiador en Inglaterra. Quiere comprender al Estado y sabe que para comprenderlo "no hay sino un medio: el de estudiarlo en su desenvolvimiento histórico". Constata con entusiasmo (8) que la tendencia general de las ciencias es la "de estudiar la naturaleza no a través de los grandes resultados del conjunto, sino más bien a través de sus particulares fenómenos y elementos". También la historia, cesando de ser historia de dinastías se ha vuelto historia de pueblos. Beneficiando el método histórico, se beneficia también la concepción federalista, porque resulta evidente que las grandes renovaciones no fueron hechas en las cortes ni los parlamentos sino en las ciudades y los campos.

Dedicado a los estudios históricos, Kropotkin vé en la excesiva centralización del imperio romano la causa de su caída y en la época de las Comunas el renacimiento del mundo occidental. "Es en la libertad de las Comunas y en la sublevación de éstas y de los pueblos contra los Estados que nosotros encontramos la más bellas páginas de la historia. Ciertamente es que transportándonos al pasado no será hacia un Luis XI, un Luis XV o Catalina II, que nosotros volveremos nuestras miradas sino más bien sobre las Comunas o las repúblicas de Amalfi y de Florencia, de Tolosa y de Lyon, Lieja y Coutray, Aushburgo y Nuremberg, Pskov y Novgorod".

Al poner ejemplos de la sociedad medioeval, Kropotkin ha caído en diversos errores de interpretación (9) debidos, más que a otra cosa, al hecho de que las fuentes en que bebió (como las obras de Sismondi) no habían alcanzado todavía hasta donde ha penetrado la indagación histórica moderna. No hay que creer, pues, como superficialmente han afirmado algunos, que Kropotkin pensase en la época de las Comunas como en una especie de edad de oro.

"Se dirá, tal vez, que olvido los conflictos, las lu-

chas intestinas de que está llena la historia de estas Comunas, los tumultos callejeros, las batallas encarnizadas contra los señores, las insurrecciones de las "artes jóvenes" contra las "artes antiguas", la sangre derramada y las represalias verificadas en estas luchas... Y bien, no, no olvido nada. Pero, como Leo y Botta — los dos historiadores de la Italia Meridional — como Sismondi, Ferrari, Gino Capponi y tantos otros, creo que estas luchas fueron la garantía misma de la vida libre en las ciudades libres" (10). Y han sido estas luchas intestinas las que han permitido, según Kropotkin, la intervención del rey la tendencia de la Comuna medioeval a circunscribirse entre sus murallas (11).

Otro campo histórico cultivado por Kropotkin es el de la Revolución Francesa. El es adversario de la burguesía del 89, que soñaba en "la abolición de todos los poderes locales y parciales que constituían otras tantas unidades autónomas en el Estado, en la centralización de toda la potencia gubernativa en las manos de un poder ejecutivo central, estrechamente sometido al parlamento — estrechamente sometido al Estado y englobado todo: impuestos, tribunales, policía, fuerzas militares, escuelas, dirección general del comercio y de la industria, — todo" (12). A los girondinos reprochábales el haber intentado disolver las comunas y trata de demostrar que su federalismo era una fórmula de oposición y que en todo lo que han hecho se han mostrado tan centralizadores como los Montañeses.

Para Kropotkin las Comunas fueron el alma de la revolución francesa (13) y él ilustra largamente el movimiento comunista tendiendo a demostrar que una de las causas principales de la decadencia de las ciudades fué la abolición de la asamblea plenaria de los ciudadanos, que poseía el control de la justicia y de la administración.

La época de las Comunas y de la Revolución francesa fueron, como para Salvemini, los dos campos históricos en los que Kropotkin encontró confirmadas sus propias ideas federalistas y los elementos de desarrollo de su concepción libertaria de la vida y de la política. Pero en él permanecía vivo el recuerdo de las observaciones del *Mir* ruso y del libre acuerdo de las poblaciones primitivas y es precisamente este recuerdo lo que lo llevó a un federalismo integral, que quizás peca del simplismo populista, que predomina en *La conquista del pan*.

Estudiando las teorías socialistas, Kropotkin asume una aptitud negativa frente a los Saintsimonianos y a los llamados Utopistas, a lo Cabot, porque fundaban sus sistemas sobre una gerarquía de administradores, mostrándose, en cambio, entusiasta por la teoría comunista de Fourier (15). Y ataca el colectivismo de Estado porque modificando notablemente el régimen capitalista "no destruye por esto el salariado", puesto que "el Estado o sea el Gobierno representativo, nacional o comunal, toma el puesto del patrón" así que sus representantes y sus funcionarios, haciéndolo necesario, absorben el plusvalor de la producción (16). Vale también para el Estado socialista esta consideración: "¿Qué cantidad de trabajo da cada uno de nosotros al Estado?" Ningún economista ha calculado jamás el número de días de trabajo que el trabajador de los campos y de las oficinas da por año a este idolo bablonense. Se buscaría en vano en los tratados de economía política para llegar a una valoración aproximativa,

de lo que el hombre, productor de la riqueza, dá de su trabajo al Estado. Una simple valuación basada sobre el balance del Estado, de la nación, de las provincias y de las comunas (que contribuyen a los gastos del Estado) no diría nada, porque se debería estimar no lo que entra en la caja del tesoro, sino lo que cada lífa que entra en el tesoro representa como desembolso real hecho por el contribuyente. Todo lo que nosotros podemos decir, es que la cantidad de trabajo dada cada año por el productor al Estado es enorme. Ella debe alcanzar, y para ciertas clases superar los tres días de trabajo a la semana, que el esclavo daba una vez al señor" (17). También el Estado socialista trataría de extender sus atribuciones y esto porque "todo partido que esté en el poder tiene la obligación de crear nuevos empleos para sus clientes", y esto además agravado con los gastos de administración sobre la vida económica de la nación constituiría una oligarquía de incompetentes. "Es necesario en vez del espíritu colectivo de las multitudes ejercitado sobre las cosas concretas".

El espíritu colectivo, término genérico que en *La conquista del pan* es: "el pueblo", "la comuna", "la sociedad", etc., que hace justicia, organiza todo, resuelve los problemas más complejos. Es una especie de divinidad, de la cual Saverio Merlino ha escrito, con justa ironía, que hace la parte del coro en las tragedias griegas, y que los más agudos representantes del anarquismo están lejos de adorar. Si el federalismo kropotkiniano peca de indeterminación y de excesiva fe en la capacidad política del pueblo se hace notable por la amplitud de miras. No puede haber un federalismo consecuente que no sea integral. Y este no puede sino ser socialista y revolucionario.

Del integralismo del pensamiento federalista de Kropotkin dan fe muchos de sus escritos. He aquí algunas de las afirmaciones más explícitas: *Federalismo y autonomía* no bastan. No son más que palabras para cubrir la autoridad del Estado centralizado. "Hoy en día el Estado ha llegado a mezclarse en todas las manifestaciones de nuestra vida. De la cuna a la tumba nos aprisiona en sus brazos. Ya como Estado central, ora como Estado-provincia o cantón, ora como Estado-comuna, él sigue todos nuestros pasos, aparece en cada encrucijada del camino, se nos impone, nos tiene, nos atribula". La *Comuna libre* es "la forma política que deberá tomar una revolución social". El exalta la Comuna de París, porque en ella la independencia comunal era un medio y la revolución social el fin. La *Comuna* del siglo XIX "no será únicamente comunalista, sino comunista, revolucionaria en política, lo será también en las cuestiones de producción y de cambio. O la Comuna será absolutamente "libre de darse todas las instituciones que querrá y de hacer todas las reformas y revoluciones que encontrará necesarias" o quedará "una simple sucursal del Estado, presa en todos sus movimientos, siempre al punto de entrar en conflictos con el Estado y ser vencida en la lucha que tendría". Para Kropotkin, entonces, las comunas libres son el ambiente necesario a la revolución para que ella alcance su máximo desarrollo.

Su federalismo aspira a esto: "La independencia completas de las comunas, la federación de comunas libres y la revolución social en la comuna, o sea, los grupos corporativos para la producción que sustituyan la organización estatal".

- (2) P. Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*.
- (3) Kropotkin vé en esta experiencia "la primera chispa del anarquismo".
- (4) Consejos de distrito y de provincia.
- (5) P. Kropotkin, *Palabras de un rebelde*.
- (6) P. K., *Palabras de un rebelde*.
- (7) Ver: *Palabras de un rebelde, La conquista del pan, El apoyo mutuo*.
- (8) P. K., "Les Temps Nouveaux", París 1894, *La conquista del pan, La ciencia moderna y el anarquismo*.
- (9) Esto especialmente en la conferencia: *El Estado*. En parte es justa la crítica que Zoccoli hace a este respecto a Kropotkin. Ver "L'Anarchia", Torino, Bocca 1906, págs. 494-5.
- (10) *La conquista del pan*.
- (11) *Palabras de un rebelde*.
- (12) *La Gran Revolución*.
- (13) *La Gran Revolución*.
- (14) *La Gran Revolución*.
- (15) *La Ciencia Moderna y la Anarquía*.
- (16) *La conquista del pan, La Ciencia Moderna*.
- (17) *La Ciencia Moderna y la Anarquía*.



Historia del soldado que obedece

(1) A. Tilgher, Un filósofo dell'anarchismo, "Il Tempo", julio 2 de 1921.

MAX NETTLAU

¿Cómo sacar al socialismo de su callejón sin salida, con algunas consideraciones sobre la obra de Gustav Landauer?

¿Quién de entre los socialistas sinceros, que son numerosos, se halle o no completamente con los libertarios, no está asombrado ante la diferencia creciente entre el ideal socialista, y lo que se hace en nuestro tiempo como acercamiento propagandístico y organizado hacia este ideal? Queda entendido que el ideal no puede ser realizado inmediata y enteramente sin victorias sobre obstáculos innumerables, pero también puede ocurrir, desgraciadamente, que el ideal corra peligro de ser perdido de vista y que lo que se haga no nos aproxime a él, sino que nos aleje. El ideal continúa ante nosotros con su belleza creciente, pues todas las mejores aspiraciones humanas le van siendo incorporadas a medida que nacen. Nuestras necesidades intelectuales, morales y estéticas han evolucionado ciertamente desde hace un siglo, y un ideal socialista que no las tuviera concienzudamente en cuenta nos parecería algo pobre, precario, insuficiente y atrasado. ¿Pero ha crecido y evolucionado la práctica socialista con el ideal? Yo pienso que no; el tipo de idealistas de hace un siglo e incluso de hace cincuenta años se halla relegado hoy a la retirada en el aislamiento o en el medio casi cerrado de algunos pequeños grupos. Ante el mundo no se ve más que al rutinario que trata de organizar mayorías de electores o minorías de hombres de alguna acción colectiva que se impondrían a la gran masa humana, estableciendo de grado o por fuerza dominaciones que se darán por misión el hacer socialismo.

Es indudable que el sistema presente no cederá por su propia voluntad, pero derribado de una manera o de otra por fuerzas que no estén integradas más que por un mínimo de verdaderos socialistas, el camino sería menos grande de lo que se cree, se llegaría a un socialismo sin socialistas en cantidad adecuada y, por lo tanto, al caos o a nuevas dictaduras. Si se quiere evitar esto, es preciso renovar el espíritu socialista, llenar los cuadros de verdaderos socialistas y no sólo de individuos nominalmente organizados. Esto es precisamente lo que menos se hace en todos los países; se acumulan cifras de electores y de cotizantes, pero no se acumulan individualidades ni voluntades socialistas. Aquel que no permanece en las filas como una humilde nulidad o que, si siente necesidad de obrar, no concentra todos sus esfuerzos en su ascenso en la carrera jerárquica regular, es un hombre mal mirado que no tiene más que marchar y hacerse anarquista o retirarse a otra parte cualquiera: se le elimina como una escoria. Así pasan las cosas entre las decenas de millones de los socialistas autoritarios organizados, cuya influencia sobre lo que sus jefes y caudillos consideran de año en año como el próximo movimiento táctico o estra-

tégico del "socialismo" no es mayor que la de los cientos de millones de creyentes católicos sobre la política de la Iglesia, determinada por las altas esferas inabordables. Lo que el cristianismo popular e individual de los primeros tiempos llegó a ser al cabo de pocos siglos y lo que continúa siendo aún, una dictadura espiritual impuesta por esas altas esferas que escapan a todo control, lo ha llegado a ser el socialismo mucho más rápidamente, a partir de su escisión en 1872, cuando el socialismo autoritario, rompiendo toda apariencia de consideración por la libertad, no se dió por misión más que la conquista del poder político; el concilio de Nicea y el congreso de La Haya son esos puntos de bifurcación entre un pasado igualitario y un porvenir dominador. La herejía y después la ciencia desafiaron a la jerarquía religiosa, y la anarquía y todas las aspiraciones humanas y libertarias desafiaron al socialismo dictatorial. Dividida entre religión y ciencia, la humanidad está y estará dividida entre este pseudo-socialismo autoritario y todas las manifestaciones sociales verdaderamente humanas. La lucha entre religión y socialismo no ha terminado después de casi veinte siglos: la lucha entre autoritarios y libertarios no concluirá antes de un período cuya extensión será grande y escapa enteramente a nuestra apreciación.

Esta lucha continuará hasta mucho tiempo después de la muerte de las generaciones presentes, pues la humanidad parece no poder desembarazarse más aprisa de su obsesión autoritaria multiseccular. Se diría que en el siglo diez y nueve la ciencia ha hecho tales progresos, que el menor pretexto para el mantenimiento de los dogmas religiosos debiera haber desaparecido, pero esto no ha ocurrido. En la Inglaterra de Darwin, en los Estados Unidos de las invenciones mecánicas más perfectas, en la Francia de la crítica ilimitada y de la instrucción laica, ahí y en todas partes las religiones subsisten, prosperan, son intensificadas; en Italia, el Papa vuelve a recobrar su antigua soberanía. En este siglo veinte vemos no solamente el socialismo libertario en un estado en que le es imposible manifestarse ampliamente, combatido más que nunca en el mundo obrero por el reformismo lánguido y colaboracionista y por el panmarxismo con sus dos caras de Jano, la socialdemocracia y la bolchevista, sino que también vemos al más elemental liberalismo de los derechos del hombre pisoteado por guerras, postguerras y dictaduras. Nos hallamos, pues, en nadie sabe qué fase; el primero, el segundo u otro acto cualquiera, de una lucha única y jamás interrumpida hasta aquí entre autoridad y libertad, entre fuerza y pensamiento humano libre, y lo mejor

que debemos hacer, lo esencial que debemos hacer es darnos cuenta exacta de este estado de cosas y disponer de nuestras fuerzas, de nuestro esfuerzo individual y colectivo de la manera más inteligentemente práctica, a fin de luchar en la forma más ventajosa contra los enormes obstáculos que nos rodean.

En esta lucha, dirigida igualmente contra los autoritarios del capitalismo y los del socialismo, nosotros los libertarios deberíamos constituir el sustentáculo de los elementos libres de toda la humanidad, de todos los que estiman su propia libertad y respetan la de los demás. Nosotros mismos debiéramos respetar su libertad y no pedirles, o esperar de ellos el que se hagan anarquistas y anarquistas de nuestro matiz particular, por añadidura. Si se rechaza y desprecia esta solidaridad no formalista, no escrita, entre todos los adversarios conscientes o instintivos de la autoridad, no se creará nunca el gran partido, no formalista, no organizado, de los Amigos de la Libertad, y los esfuerzos libres aislados serán demasiado débiles. Si se mantiene a todo trance alguna solidaridad con los autoritarios socialistas, porque son socialistas o clase obrera o pueblo, se será siempre un apéndice impotente de los autoritarios, gozando, si ellos triunfan, de un socialismo estatal a la rusa y relegando a las calendas griegas nuestras esperanzas anarquistas. Esto no excluye la solidaridad en la lucha obrera diaria, y se sería muy torpe o ciego, si no se pusiera "este" punto completamente en claro; esta lucha, impuesta por el capitalismo enemigo, requiere formas de defensa y, si es posible, de ofensiva, que no dependen del sindicalismo reformista ni del sindicalismo revolucionario, sino de la situación real, que exige tales medios de defensa o que hace útiles tales medios de ataque. ¡Cuán fácil sería poner fin a las rivalidades del sindicalismo sobre esta base, si la idea funesta de regimenter a los adherentes y hacerles seguir la táctica única inscrita en los programas no sembrara de antemano la división y paralizara las acciones de gran envergadura que producirían verdaderos éxitos y darían a estos movimientos el arranque impetuoso que tanto les falta en nuestra época!

En el fondo, cada tendencia socialista puede esperar ganar terreno para su socialismo mediante estas luchas. Cada acto de resistencia es una escaramuza en la lucha general contra el capital, cada posición ganada es un debilitamiento del capitalismo, y el sindicalismo universalizado sería ya la base y el cuadro de la sociedad nueva. Además, es el medio de mover al proletariado en interés de su emancipación social y de entrar en contacto con las masas obreras, a las cuales la propaganda de las ideas no puede tocar directamente. Todo eso queda sobreentendido y es excelente teóricamente, pero no se puede servir a dos causas a la vez, y ocurre fatalmente que la lucha práctica se halla subordinada al dogmatismo ideal o al revés. No ha sido posible inspirar la lucha diaria ni con las ideas de la Internacional, ni con las que le eran tan afectas de la Federación española internacional y regional de los años 1870-1889, ni con las del sindicalismo de la Internacional renovado a partir de 1895. De igual modo entre las manos de los socialistas autoritarios la tendencia a apoderarse del Estado, de los poderes públicos, ya sean socialdemócratas, o bolchevistas los que de ellos se incauten, esta tendencia de la supremacía del Estado, dueño del tra-

bajo, es por su propia esencia cada vez más hostil a las luchas autónomas del trabajo, que, según ella, no tendrá más que hacer sino subordinarse a las órdenes que reciba del Estado. Así, por ejemplo, ¿dónde está la libertad de la organización y de la lucha obrera en la Rusia soviética? Tal lucha es allí, lógicamente, considerada como una rebelión contra el Estado, y otro tanto ocurre ya en Alemania, donde la socialdemocracia impulsa a los obreros organizados a someterse a los arreglos concertados por encima de sus cabezas entre el Estado, los capitalistas y los jefes de la burocracia obrera; y aquel que se atreva a obrar en cuestiones obreras contra la voluntad de estas altas esferas es un rebelde, al cual se aplasta y elimina. Por otro lado hay países en que el no-socialismo e incluso el antisocialismo consciente de la gran mayoría de los obreros domina las luchas cotidianas — sobre todo en los Estados Unidos — y donde el esfuerzo socialista ha sido siempre como lanzado en un abismo insondable, trabajo perdido, ya que el éxito fenomenal de los capitalistas ante los ojos de las generaciones presentes fascina allí las mentalidades obreras. El caso es que de todos modos esta gran aproximación entre las luchas del trabajo y el esfuerzo por la idea no ha traído la felicidad a nadie, sino que ha embrollado las situaciones hasta el caos presente, es decir, la división aguda, y no la solidaridad, introducida en las filas de los trabajadores.

Uno se pregunta verdaderamente: ¿dónde están los millones de socialistas e incluso el número más que pequeño, pero substancial así y todo, de libertarios y de socialistas sinceros? La mayor parte de ellos deja actuar a sus jefes y juntas ejecutivas, a sus oradores y periodistas, y se limita a cotizar, a votar, a figurar en algunas grandes ocasiones, reuniones, cortejos, etc. Parecen esperar a que se haga socialismo para ellos y también parecen saber muy bien que, en su calidad de modestos hombres de fila, no tienen que hacer más que callarse y obedecer las consignas. Y si en los medios libertarios se es algo más inquieto y activo, también allí permanecen casi todos en los carriles trazados desde hace mucho tiempo, de año en año, y muy pocos toman iniciativas nuevas. Las críticas y polémicas no son iniciativas, sino que parten más bien de un espíritu unilateral y conservador, con el cual choca todo lo que se aleja de la línea trazada por la costumbre y la rutina. Las cuestiones no son resueltas por las discusiones acerbadas, y los que querían ir adelante se desaniman ante este fanatismo conservador.

De esta manera no se adelantará nada verdaderamente, y la ambición e impudicia creciente del capitalismo prueban en qué grado le favorece esta situación insostenible. Socialdemócratas y comunistas se combaten, envilecen y desentran en todos los países, y lo mismo hacen sindicalistas reformistas y revolucionarios; los libertarios sienten odio y hostilidad insuperables por los socialistas autoritarios, y ellos les pagan esta actitud con un desprecio soberano; frecuentemente los libertarios individualistas y comunistas se denigran entre sí y se guardan rencor — la *synthesis* es una proposición que ha llegado muy tarde y no halla una acogida de las más calurosas. — Este es, pues, un triste espectáculo, al cual se agrega el hecho sensible de que generalmente no se está en contacto ni se siente verdadera simpatía por los movimientos humanitarios voluntarios más especializados (cooperativismo, librepensamien-

to, educación, etc.) si éstos no están claramente subordinados a los movimientos socialistas y libertarios.

Este cuadro sombrío no excluye el que en mil lugares haya medios armónicos socialistas y libertarios que, localmente, hacen un trabajo utilísimo, pero son excepciones que no pueden acelerar ni intensificar la marcha general de los movimientos o más bien evitar su decadencia o estancamiento. Sin embargo, de estos medios sanos es de donde debería salir la renovación, el rejuvenecimiento del socialismo.

Por hartos que estemos de teorías, sabemos aún demasiado poco. Estamos habituados a encomendar el trabajo intelectual a los comités, a los oradores, los cuales, verdaderamente, no pueden improvisar el estudio ni la experiencia práctica, aunque improvisen siempre programas motivados y argumentos persuasivos. Esto no es bastante. Contemplemos la asiduidad, el trabajo constante de todo género de ciencia y de investigación: en socialismo desde hace mucho tiempo, el dogma y los programas parecen adquiridos; la investigación, que fué continua para Saint Simon, para Fourier, para Proudhon y algunos otros, parece haber sido acabada, lo cual quiere decir que de la ciencia viva de los primeros tiempos se ha caído en el dogma, en la religión estable, inmutable, fuera de la cual no hay más que herejías.

Pocos libertarios han percibido esto tan claramente como, ya más de treinta años, Gustav Landauer (1870-1919, 2 de mayo), el anarquista alemán asesinado durante la represión del levantamiento social de abril de 1919 en Munich, de la manera particularmente bestial que se conoce. Su recuerdo ha sido refrescado en estos últimos meses por la publicación, en alemán, de una parte muy representativa (594 cartas) de su correspondencia de 1895 a abril de 1919, en dos volúmenes de casi 900 páginas: *Gustav Landauer. Sein Lebensgang in Briefen* Frankfurt am Main, 1920). Los lectores del SUPLEMENTO de LA PROTESTA hallarán allí un extenso comentario mío de estas cartas hasta 1914, aumentado con el examen del trabajo ideológico de Landauer, en el *Sozialist* (Berlín) de los años 1892 a 1899 y de su segunda serie, su obra esencial, de 1909 a 1915, así como de algunos recuerdos e impresiones personales. Por lo tanto no abordo aquí este tema, pero quisiera resumir mi opinión sobre el papel, muy poco conocido, de Landauer en el movimiento libertario internacional.

Siendo adolescente, alumno de instituto y estudiante, fascinado por la bella literatura, el arte, la filosofía (Spinoza), sin contacto aun con las realidades sociales, Landauer había llegado por Ibsen y Nietzsche a la crítica de la autoridad, a un anarquismo personal y consciente que penetró su pensamiento y su actividad toda su vida. Económicamente, en socialismo, además de Marx y de Kropotkin, conoció muy pronto las ideas (olvidadas después, pero bastante corrientes entre la juventud socialmente interesada de entonces que sobrepasaba el término medio socialdemócrata) de Eugenio Dühring y de Teodoro Hertzka, expuestas en el curso de Economía política del primero (1873) y en la utopía *Freiland* (1890) del segundo: ideas de descentralización, agrupamiento comunal, colectivismo en propiedad con acceso libre a las asociaciones, distribución con arreglo al trabajo hecho. Estas fueron adaptaciones

prácticas del colectivismo anarquista, introduciendo en él, sobre todo por parte de Hertzka, el principio del voluntarismo, el máximo de libertad. Al colectivismo anarquista con frecuencia demasiado teórico y riguroso de la propaganda internacional habían sucedido algunas visiones más libertarias, como en las *Ideas sobre la organización social* de James Guillaume (1876) y en *La Nueva Utopía*, de Ricardo Mella (1890); sin contacto con esta literatura, el economista Hertzka, partiendo de lo que él había llamado "social-liberalismo", intentó combinar en *Freiland* el máximo de colectivismo y de cooperación social con el máximo de libertad personal y de acción voluntaria.

Landauer, a partir del momento en que se conocen sus ideas sociales, de 1892 a 1919, fué siempre *colectivista anarquista* en el sentido de Mella en la época de su concepción más amplia de esta idea, e incluso yo pienso que sobrepasó a Mella. No fué adversario del comunismo libremente aceptado, de los arreglos comunistas que convendrían a tal o cual grupo, mientras que a su lado otro grupo haría, si le convenía, arreglos colectivistas (distribución conforme al trabajo hecho u otra medida de valor mutuamente aceptable). Pero fué adversario del comunismo impuesto de antemano, de un golpe, generalmente, como forma única de relación social, se llamaría a este comunismo "anarquista" o "libertario"; si había de ser principio universal, sería siempre autoritario, y dejaría al que hace buen trabajo a merced del holgazán, del indelicado, del parásito que no hiciera más que un mínimo de trabajo. Esta crítica fué provocada entonces principalmente por los primeros adeptos de segunda mano del comunismo anarquista, los cuales del comunismo altruista de Malatesta y Cafiero, de Reclus y Kropotkin, hicieron en varios países lo que Mella calificó una vez de comunismo "extravagante", en Francia, en España; entre los anarquistas de lengua alemana hubo esas mismas exageraciones, proclamándose el salto inmediato en el comunismo más absoluto en una sociedad amorfa. El colectivismo de la Federación Regional, de los Jurasianos y de Johann Most fué declarado autoritarismo insoportable, y los mismos Kropotkin y Malatesta fueron considerados como anarquistas deplorablemente atrasados.

Es en aquellos años cuando los camaradas debieran haberse entendido para poner colectivismo y comunismo en sus lugares respectivos, que la elección libre de los anarquistas del porvenir les daría en cada eventualidad conforme a la situación de entonces. Pero aquellos fueron los años de la absorción por el terrorismo, primero, y cuando se vió que éste, en suma, dejaba a las masas populares indiferentes, de la aproximación al pueblo por el sindicalismo revolucionario, y en estos períodos ya de grandes persecuciones, ya del deseo de mantener las ideas intactas ante la inclinación demasiado grande de algunos por el sindicalismo, no se tocó al principio comunista anarquista, considerado como definitivamente adquirido; y se conceptuó al colectivismo anárquico cual un error o una imperfección del pasado, liquidada definitivamente. También Landauer, que había abandonado sus estudios universitarios para consagrarse enteramente al movimiento y que por su gran talento literario había llegado pronto a ser redactor del *Sozialist* (1881-1889, órgano socialista independiente que se hizo netamente anarquista a partir de 1892), dejaba reposar esta cuestión, reservando su punto de vista y colocando

lo más posible frente al comunismo crudo de los "autonomistas" (partidarios del periódico y grupo "Die Autonomie"), el comunismo equilibrado de Reclus, Kropotkin y Malatesta. «Pro él no pudo nunca dar satisfacción a los comunistas rigurosos que en 1897 se separaron del *Sozialist* y fundaron un órgano propio, cuya continuación aparece aún en Berlín. El *Sozialist* de 1897 a 1899, reducido a la anemia por el abandono de esos militantes y que no enarbolaba aún las ideas que Landauer meditaba y produjo poco a poco algo más tarde, no pudo ya vivir; esto y aproximadamente diez y ocho meses de prisión terminan el primer período de Landauer, de los años llenos igualmente de estudios literarios que hicieron de él un autor, un crítico y un pensador de valor reconocido, del cual son buen testimonio sus numerosos trabajos impresos.

Después de un ensayo de corta duración, en el que, uniéndose a un medio de jóvenes literatos y artistas, la llamada *Neue Gemeinschaft* (comunidad nueva), trató de hallar un cuadro de fuerzas jóvenes que trabajasen por una renovación humana libertaria — él describió estas aspiraciones en una carta inserta en la *Huelga General* de Francisco Ferrer (Barcelona); — esfuerzo en el cual se encontró pronto en el mismo aislamiento que entre los anarquistas en los últimos años del *Sozialist*, reanudó sus reflexiones sobre el socialismo, que condujeron a sus tres trabajos principales: a su librito *Die Revolution* (1907), al gran *Aufruf zum Sozialismus* (Llamamiento hacia el socialismo, 1911, VIII, 164 págs.) a las Tesis socialistas (1907), a las Hojas introductoras del *Sozialistenbund* (Confederación de socialistas, a partir de 1908) y al nuevo periódico *Der Sozialist*, enteramente redactado y en gran parte escrito o traducido por él, trabajos que, en unión de sus cartas y diversas recopilaciones de escritos dispersos, permiten estudiar ampliamente su obra, que, a mi juicio, es tanto más notable cuanto más de cerca se la examina con auxilio de nuestros conocimientos y experiencias presentes: entonces se comprende — al menos esta es mi impresión — en qué grado fué Landauer un precursor de una renovación de las actividades anarquistas.

El fué ante todo el hombre entre nosotros, al cual su competencia en el trabajo serio en otros dominios, literatura, arte y filosofía, daba la libertad y la amplitud de espíritu necesarias para no engañarse ni encerrarse en un dogmatismo unilateral de creyente y de fanático. El sabía que no es este ni aquel, autor, grupo, programa, periódico, etc., quien posee la verdad verdadera y única, sino que todos colaboramos en ella, unos por un lado y otros por otro, este una vez con un buen pensamiento, aquel otra vez con una buena iniciativa, como en el terreno de la ciencia. Por esto estimó tanto a Proudhon como a Kropotkin, a Bakunin como a Tolstói, y reclamó ante todo la independencia de la elección y el carácter voluntario de las adhesiones. El sabía que lo que nos falta a todos es experiencia, y no se resignó a producir cien argumentos para demostrar que "en el régimen capitalista" toda experiencia socialista es imposible, sino que no se cansó de proclamar que nuestra falta de querer es la causa principal de esta falta de experiencia: soñamos siempre lo que un golpe de varita mágica, la revolución social, nos transporte de un día para otro al socialismo pleno y que entonces, gracias a una espontaneidad inevitable e infalible, sabremos

vivir en socialismo — más o menos bien, incluso muy bien. Landauer tuvo la rara valentía de confesar que él no creía en las transformaciones rápidas y milagrosas, y que era preciso sembrar si se quería recoger, y sembrar algo más que afirmaciones y promesas.

A partir de 1908 se dedicó a formar una federación libre de grupos que preparaba y planeaba un socialismo experimental por medio de fundaciones agrícolas e industriales, en el campo y en las ciudades, medios libres en relaciones de cambio y de solidaridad entre sí. Hasta 1914 logró reunir una veintena de grupos y alguno que otro ensayo práctico, fracaso material que, a mi juicio, testimonia, no que la idea fuera mala o defectuosa, sino que las fuerzas vivas socialistas son todavía excesivamente escasas. Si con varios millones de electores y sindicados socialistas, decenas de millares de sindicalistas, millares de presumibles de anarquistas y socialistas revolucionarios que existían entonces en Suiza y Alemania (1908-1914), no había más que veinte grupos (de ellos tres en Suiza) con — presumo yo — un millar de miembros quizá y sin un número apreciable de hombres activos dispuestos a efectuar un ensayo incluso en las circunstancias más precarias, estos significa que la voluntad socialista era excesivamente pequeña, si no nula y en todos los demás países o bien no se ha conocido apenas a Landauer — el autor socialista anarquista menos traducido —, o no había ni siquiera esta voluntad de formar esas pocas docenas de grupos. Preciso es no confundir el proyecto de Landauer con los proyectos del medio libre realizados acá y allá entonces en Francia, Inglaterra, América del Norte, del Sur, etc. El proyecto es algo más amplio que esos esfuerzos amables de algunos hombres y algunas mujeres para vivir al margen de la sociedad en cualquier rincón olvidado. Si en lugar de un millar de simpatizantes sin verdadera iniciativa, 5,000, 10,000, 50,000 obreros vigorosos y competentes hubieran tenido la voluntad de emanciparse así, las posibilidades y recursos para una obra tan seria se habrían encontrado entonces y se podrían encontrar siempre. Pero los obreros no se movieron y los anarquistas y socialistas no han apoyado debidamente ese movimiento. Pues el obrero se siente más a gusto bajo la férula del peor capitalista, que, después de todo, está obligado a pagarle un salario por él cual trabaja socarronamente lo menos posible y sin cargar con ninguna responsabilidad, que trabajando para sí mismo, es decir, tomando responsabilidades y obligado a trabajar asiduamente. Esta es una triste verdad sacada de la vida real. Y para el anarquista y el socialista, el obrero de las experiencias sociales es ya un pequeño burgués que, según él, se ha perdido para la causa. En cuanto a Landauer, varios años después de la fundación del *Sozialistenbund* y cuando su periódico era uno de los más penetrados del anarquismo más variado, antiguo y moderno, de aquellos años, ciertos anarquistas alemanes continuaban debatiendo el problema: ¿es él anarquista o no? De todas maneras había salido del círculo mágico que les fascinaba, y era por tanto un hereje, un ángel caído, un hombre peligroso, alguien a quien no se comprendía ya y que en realidad no se había comprendido nunca. Sin embargo, él fué el único anarquista alemán bien conocido que en el invierno de 1918-1919 quiso hacer algo — no quiero discutir si de la mejor manera posible, o más bien

no es pertinente manifestar aquí si yo me siento o no de acuerdo con él sobre estos puntos — con arreglo a sus ideas anarquistas y que trató de hacer lo más posible, atrayendo hacia sí los odios de los que lo hicieron asesinar bestialmente después, el único anarquista alemán bien conocido (según mis informes) que perdió entonces su vida. El segundo volumen de su correspondencia, 314 cartas de 1914 a 1919, nos preserva sus pensamientos, planes e iniciativas de todos esos años.

Tal fué la suerte de este protagonista del anarquismo experimental en vasta escala durante los años 1908 a 1914 y también en 1918-1919. De la falta absoluta de atención con que tropezó su ideal de una práctica educativa de la vida socialista, ¿es acaso preciso sacar la conclusión de que las altas esferas del socialismo y de la anarquía han condenado esta idea, de que ya no vale la pena ocuparse de ella, de que ya sabemos mucho y no tenemos nada que aprender sobre socialismo? ¿O, por el contrario, es necesario seguir, enmendar y ampliar su iniciativa "hoy", cuando nominalmente el socialismo se halla mucho más extendido que en 1908-1914, fascismo y racionalización, mentalidades hipernacionalistas y de nueva pre-guerra, se hallan concentradas contra él en forma más amenazante que nunca?

Landauer ha hecho más que todos los demás para demostrar que el socialismo es dejado en un estado imperfecto por los socialistas mismos, que piensan que las ideas son descubiertas, el programa es fijado y que no hay más que enrollar los hombres en nombre de ese programa y esperar a que, ora un acrecentamiento numérico, ora un azar feliz permitan llegar a ser los dueños de la situación y hacer ejecutar el programa, con lo cual el socialismo quedará realizado. Si se agregan los obreros organizados no socialistas, hay justamente siete categorías cada una de las cuales espera realizar "su" programa. Estas son: 1, los trabajadores tradeunionistas de la simple lucha obrera (ejemplo la American Federation of Labor); 2, los comunistas bolchevistas (ejemplo; Rusia bajo Lenin y bajo Stalin); 3, los socialdemócratas colaboracionistas (ejemplo, Alemania), los cuales, si por casualidad llegan solos al poder, son tan dictatoriales como los bolcheviques (ejemplo, la municipalidad socialdemócrata de Viena, Austria); 4, los sindicalistas reformistas (ejemplo, Amsterdam); 5, los sindicalistas revolucionarios o anarcosindicalistas; 6, los anarquistas comunistas o que reconocen lazos y obligaciones de solidaridad; 7, los anarquistas individualistas que, en grados diversos, hacen poco o ningún caso de la solidaridad. Todos estos son agrupamientos definitivos, a pesar de alguna aproximación (entre 3 y 4, 5 y 6, y si se llega a la síntesis, 6 y 7) sin simpatías ni solidaridad entre ellos, y muy a menudo violentamente hostiles.

En cada una de estas categorías hay todavía hombres de buena voluntad, socialistas sinceros y libertarios abnegados; de ellos deberá partir la iniciativa feliz que haga salir al socialismo de este desgarramiento petrificado. El socialismo experimental, el estudio, la crítica, la separación inteligente de lo importante y lo accesorio, la paciencia, buena voluntad de dar al socialismo el lugar que le corresponde de dar al socialismo el lugar que le corresponde ya en la vida presente, estos serían medios para adelantar. Por no temerse antaño ninguna persecución se ha obtenido el que el socialismo en todas sus

formas sea más o menos dejado tranquilo en su propaganda ordinaria. De ahí se ha saltado a la conclusión de que propaganda y organización eran casi todo lo que quedaba por hacer hasta que vinieran tiempos de crisis decisiva. No, eso no es bastante, es necesario ampliar y profundizar el socialismo mediante una verdadera práctica continua y diaria, y si se me objetara que el monopolio económico capitalista impide toda acción socialista hasta después de la expropiación colectiva total, yo respondería que bien pobre es ese socialismo que no halla nada que hacer antes de esa caída completa del capitalismo. El socialismo hallaría una abundancia de buen trabajo a realizar actuando sobre las mentalidades de los hombres por medio del buen ejemplo, la iniciativa audaz, los frutos de los verdaderos conocimientos y experiencias. En hombres influidos de este modo por un verdadero socialismo integral, sea cual fuere su matiz, la voluntad socialista nacerá y será fuerte e impulsiva, y el saber, la competencia, la capacidad socialista surgirán y serán potentes y expertas. La utilidad, la belleza, la sencillez y el éxito inherente del socialismo saltarán entonces a los ojos de las masas, que hoy no ven más que aquí algunos arrímbos que han hecho fortuna con el socialismo — lo que no puede suceder a todo el mundo — y allá a algunos mártires que los millones de socialistas profesados no pueden salvar, lo cual no es muy lisonjero para el propio prestigio del socialismo. Entonces verían otra cosa bien distinta que mostraría al socialismo como una posibilidad real, atractiva y útil para todos los productores.

Ya he dicho bastante para motivar mi insistencia sobre este tema, que, a mi entender, es de importancia capital para el socialismo. Leyendo las cartas del pobre mártir Gustav Landauer, el hombre mejor dotado intelectualmente de todos los libertarios alemanes desde Max Stirner, y ojeando de nuevo su bello *Sozialist* de 1909-1915, he sentido que no me hallaba solo en mi esfuerzo, que al menos este muerto estaba conmigo, lo que, por lo demás, ya sabía yo por nuestras relaciones personales. ¡Ojalá que a ese muerto y al viejo que escribe esto vengán a juntarse otros más jóvenes de nuestra gran comunidad libertaria e intenten una renovación propia de nuestra gran causa, que me parece estar bien necesitada ella!

Nota de redacción:

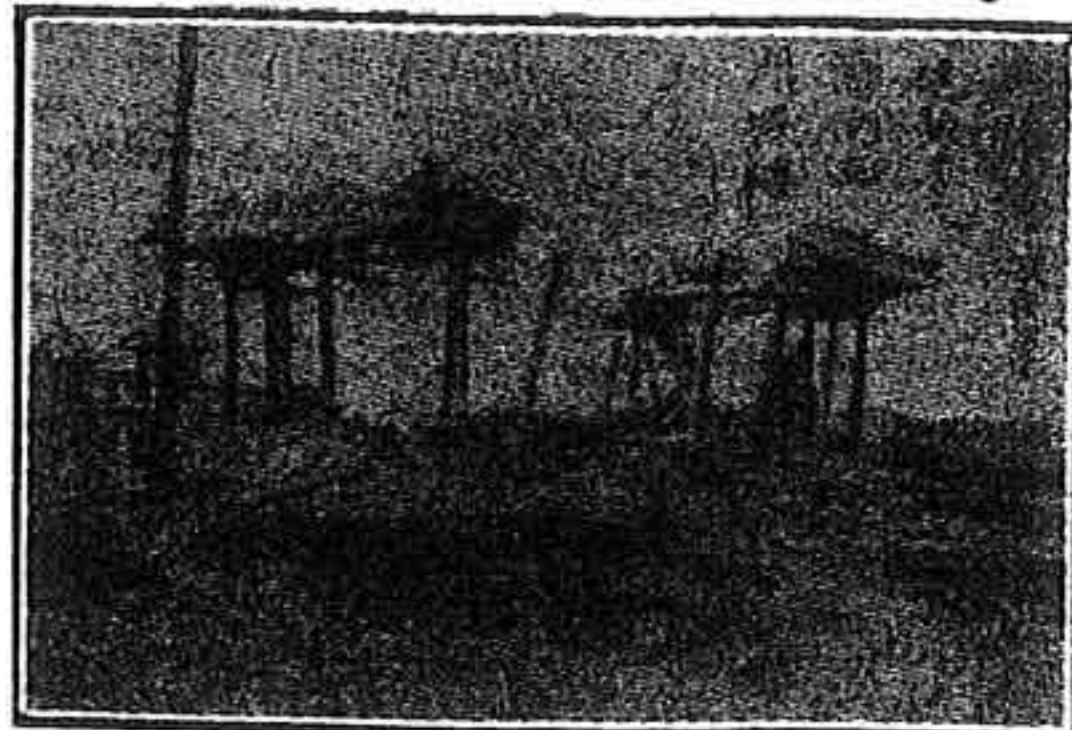
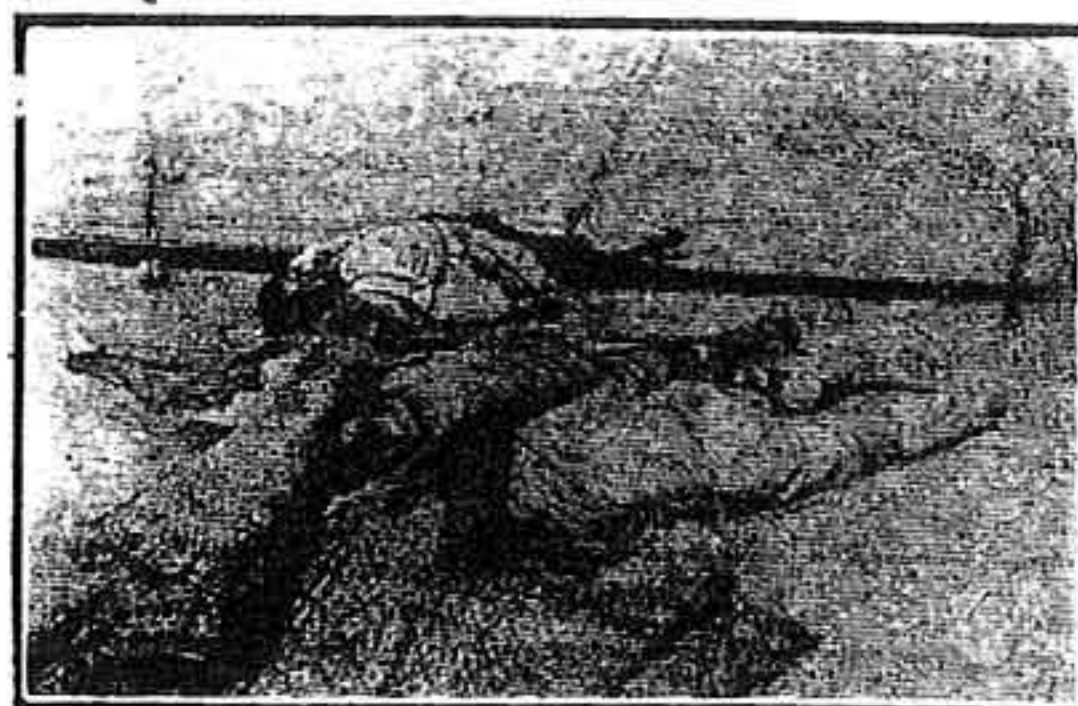
El artículo que precede ha sido transcrito de "La vista Blanca" de Barcelona. Resume observaciones hechas en estas páginas en diversas ocasiones y no pensamos que sea redundancia la insistencia sobre pensamientos muy poco debatidos en el movimiento revolucionario, como son los expuestos por nuestro compañero Nettlau, y cuya discusión proponemos a todos los anarquistas.



La civilización japonesa en su obra de progreso en China:



Cómo imponen las potencias extranjeras su hegemonía en China:



La Rusia bolchevista, según los acontecimientos de la Manchuria, no quiere quedar fuera del reparto



BIBLIOGRAFIA

The letters of Sacco and Vanzetti. — Edity by Marion Denman Franfurter and Gardner Jackson. Un vol. de 406 págs. The Viking Press, New York, 1928.

Ningún monumento más digno de la memoria de nuestros compañeros Sacco y Vanzetti hubiera podido levantarse que el de la presente colección de cartas de los electrocutados inocentes. No se pueden leer sin sentirse conmovidos hasta las lágrimas al constatar una vez más su altivez anarquista, su confianza en el porvenir de la justicia, su fe en la conciencia humana.

De la presente colección del epistolario de los dos mártires sólo una pequeña parte es conocida en español, a pesar de que nosotros nos hemos esforzado por dar a conocer toda la documentación que llegó a nuestras manos y de que en esta revista se encuentra una copiosa colección de cartas y artículos de los electrocutados. La correspondencia con Blackwell, tan abundante y tan rica para el estudio de las ideas de Sacco y Vanzetti, no se había dado a conocer hasta ahora. Tampoco eran conocidas las cartas de Sacco a Vanzetti y en general son raras las cartas a compañeros de habla inglesa que se tradujeron en español. Por eso esta colección tiene para nosotros el interés de la novedad, al mismo tiempo que el valor de un monumento imperdurable. Digamos también que se trata de un volumen esmeradamente impreso en papel pluma, con una encuadernación artística en tela negra, lo que hace que al valor de su contenido se añada la belleza tipográfica.

En un lugar de honor de la biblioteca de los anarquistas figurará siempre éste volumen, cuyo envío agradecemos vivamente a los editores.

GEORGE VALOIS: Un nouvel âge de l'humanité. — Bibliothèque syndicaliste, Librairie Valois, París, 1929. Un vol. de 187 págs.

El autor quiere aportar aquí una demostración científica de la necesidad histórica del sindicalismo

para el progreso humano. Prevé el paso del Estado militar al Estado técnico, en el cual los valores dominantes serán el trabajo, la técnica, la justicia, el espíritu de invención. Dice: "Ha sido preciso una larga serie de siglos para que el espíritu de invención pudiese reivindicar el gobierno de los pueblos contra el espíritu de dominación. Pero en ciento y pico de años las nuevas formas del Estado se han construido con una rapidez extraordinaria. Al fin del primer cuarto del siglo XX, los grandes pueblos están cerca del objetivo. El gran malestar actual no es más que la fiebre del último período del engendramiento... El Estado parlamentario, democrático, liberal, del siglo XIX no ha sido más que un compromiso entre el Estado militar y el Estado técnico". Ese Estado técnico lo formarían los sindicatos obreros y los patronales. El materialismo histórico fundamenta las concepciones y teorías del autor. La revolución que viene, que está en curso "es la consecuencia inevitable de la revolución científica y del desenvolvimiento técnico, como los fenómenos revolucionarios se desarrollan fuera de nuestra voluntad por millares de actos cotidianos"...

No podríamos sintetizar en pocas palabras un juicio sobre esta obra, sobre su interpretación del Estado técnico, sobre sus concepciones y afirmaciones diversas. Haría falta para ello un parangón entre el Estado militar, de dominación, el Estado técnico soñado por George Valois y la supresión del Estado que deseamos los anarquistas. De este parangón resultaría, evidentemente, que la utopía titulada *Un nouvel âge de l'humanité*, cuya lectura es agradable cuyo estilo es vibrante y vivaz, no tiene la virtud de ponernos ante una perspectiva anarquista, de la supresión del estatismo en todas sus formas, incluso en sus formas técnicas.

Sin embargo hemos de tener ocasión de examinar un día con más detenimiento todas estas soluciones que surgen de todos los sectores al problema del Estado, porque no queremos aferrarnos en nuestro punto de vista mediante la ignorancia de todos los demás, sino justamente por su exacto conocimiento y por la conciencia de sus insuficiencias.

Algo sin embargo no queremos negar al autor de

esta utopía: un ingenio vivo para hacer reflexionar al lector sobre los temas que aborda.

L. N. URBANCEV. — El crimen de Vera Mirzeva. Drama en cuatro actos y en prosa. Casa Editorial Maucci, Barcelona. 127 páginas. Precio: 1 peseta.

"Vera Mirzeva" es una dramatización de un hecho vulgar que da ocasión para la presentación de interesantes tipos psicológicos y para animados diálogos en donde se reflejan múltiples debilidades humanas. En la simple lectura la obra suscita en el lector un vivo interés.

NEMO. — Diez años después de la gran guerra. — Un folleto de 19 págs. en 8°. Rafaela, 1929.

Se trata del estudio sobre los serbios y croatas que publicó en estas columnas un viejo colaborador nuestro en ocasión del asesinato de Stepan y Pavle Radic. Modelo de crítica política libertaria, ese estudio merecía la reproducción en folleto, que hicieron espontáneamente los compañeros de Rafaela.

E. ARMAND. — La camaraderie amoureuse. — 2.a ed. París - Orleans, 1929.

Folleto que resume los puntos de vista del autor sobre la camaradería amorosa que propaga en su periódico *L'en dehors*.

LISSAGARAY. — Histoire de la Commune de 1871. — Nouvelle édition précédée d'une notice sur Lissagaray par Amédée Dunois. Un vol. de LXIII - 579 págs. Librairie du Travail, París, 1929. Precio: 25 francos.

Lissagaray, con Arthur Arnould, Luisa Michel, Elías Reclus, G. Lefrançais, B. Malon, M. Vuillaume, pertenece a la serie de los combatientes de la Comuna que tuvieron después la preocupación de transmitir al porvenir la historia de aquel magno acontecimiento. La obra de Lissagaray hacia años que se encontraba agotada, las nuevas generaciones de la post-guerra, sobre todo, no la conocían. Sin embargo es una descripción tan vivaz, tan emocionante, tan fiel de la Comuna que su divulgación no puede hacer sino bien a la causa de la revolución. Felicitamos a sus editores por haber reimpresso este volumen. Mientras no venga el historiador que haga de la Comuna de 1871 lo que propohtin hizo con la gran revolución francesa, la lectura de estos libros impregnados de tanta pasión es una necesidad y un deber de todos los revolucionarios. La historia de Lissagaray es de las obras que quedan, aun cuando las interpretaciones de ciertos detalles sean distin-

tas, aun cuando se puedan expurgar en sus páginas algunos errores, aun cuando no alcance el grado de acabamiento que se desearía.

Amédée Dunois ha escrito un buen prólogo sobre la vida y las actividades del autor, un prólogo igualmente bienvenido, que satisface en los lectores la curiosidad natural que se experimenta cuando se está ante un buen libro por saber algo de quien lo ha escrito.

A los conocedores del francés les recomendamos la adquisición de esta historia que, aunque es relativamente voluminosa, se lee con la fluidez de una novela.

ROBERT LOUZON. — Deux grands courants du capitalisme moderne: Impérialisme et nationalisme. 40 págs. Librairie du Travail, París. Precio: 1.50 fr.

De la interpretación que nos ofrece Robert Louzon, un escritor de izquierda, versado en cuestiones económicas, sobre el nacionalismo y el internacionalismo, podemos darnos una idea por esta conclusión:

"Marx, a quien hay que volver siempre cuando se quiere tratar de comprender el sentido verdadero de los movimientos sociales, decía: Nosotros somos republicanos, los comunistas son republicanos porque la república tiene la ventaja, al suprimir todas las causas de antagonismo secundario, realeza, nobleza, etc., de dejar únicamente en presencia los dos grandes enemigos, la burguesía y la clase obrera, el capital y el proletariado; con la situación esclarecida así, el proletario no puede menos de darse cuenta de que su único enemigo es la burguesía. Suprimiendo los antagonismos secundarios que subsisten en el seno de las clases dominantes en los regímenes no-republicanos, se suprime también algunas facilidades de maniobra (pero qué importa desde el momento que la conciencia de clase gana con ello! "Es por una razón enteramente idéntica que estimamos que el proletariado no tiene nada que temer de los progresos que hará el imperialismo a expensas del nacionalismo. El imperialismo está en la línea general del desenvolvimiento del capitalismo; se aparece hoy a la burguesía como el medio que le permitirá conjurar las crisis económicas que le amenazan y en las que teme ver declinar su dominación, como el medio para intentar retardar el desenvolvimiento de la revolución social; pero el destino de la burguesía es que todo lo que intente para salvar se debe volverse en definitiva contra ella, que todo lo que hace para retardar la revolución contribuya a hacerla inevitable".

Por la conclusión transcrita se advierte que la interpretación de Louzon es esencialmente marxista; una vez más el marxismo se evidencia como un instrumento inadecuado y falso para la observación y el estudio de los hechos económicos y sociales. Para nosotros no hay contradicción fundamental entre imperialismo y nacionalismo y Louzon no nos da la prueba de que el primero sea una consecuencia inevitable del segundo, algo así como una etapa inevitable de su desarrollo. El monopolio internacional en una esfera dada de producción no es un atentado al nacionalismo, según parece concluir el autor de este folleto, y la esperanza de que la realización del imperialismo económico sea un paso más en la ruta de la emancipación proletaria, es tan in-

fecunda como la de Marx cuando suponía que la abolición de la realeza y de la nobleza y el paso a la república iban a precipitar la batalla final del proletariado contra la burguesía. En lo que estamos de acuerdo es en constatar que el Estado político se manifiesta cada vez más palpablemente un dócil instrumento en manos de las potencias económicas.

Dr. GERDA LESSER: Die Freisetzung des Arbeiters durch die Maschine. — Un vol. de 121 págs. 8.°, Carl Hinstorffs Verlag, Rostock, 1928.

Trabajo de seminario en donde se investiga desde el punto de vista económico y social el problema de los obreros a quienes la máquina deja cesantes en su trabajo. La autora expone detalladamente las ideas de Marx al respecto y la crítica que de ellas hizo el sociólogo Oppenheimer, haciendo por su parte observaciones críticas tanto de las afirmaciones de Marx como de su refutación por Oppenheimer. Un esfuerzo loable por explicar un fenómeno que en nuestros días ha adquirido esta extraordinaria acritud por la llamada racionalización de la economía.

ALFREDO D. FERREIRA. — La bohemia de Espiro. — Un vol. de 47 págs. Ed. "La Quincena Social", Bs. Aires, 1929.

Una entusiasta semblanza lírica del poeta Diego Fernández Espiro, escrita con un arte magnífico y una devoción fraternal. El autor maneja la pluma como un artífice su instrumento y sabe comunicar a los lectores su propia emoción.

JOSE INGENIEROS. — El hombre mediocre. Edit. P. Ingenieros, Monte Dinero 2557. Buenos Aires, 1929. 246 págs.

El hermano de José Ingenieros continúa divulgando trabajos del gran escritor. En esa colección acaba de aparecer una edición nueva de *El hombre mediocre*, que pocos amigos de la lectura han dejado de leer en este país, y si por casualidad hubiese alguno que no conozca esta obra de alta moral superadora, por nuestra parte le incitamos a dedicarle algunas horas, seguros de que el caudal de sugerencias que habría de sacar no le dejaría arrepentirse nunca. *El hombre mediocre* ha pasado ya a la categoría de una obra clásica de la literatura nacional, producto de un gran ingenio que supo unir la expresión bella al concepto profundo, la ciencia al arte.

CAMPIO CARPIO. — El mundo agonizante. — Un vol. de 87 págs. Bs. Aires, 1929.

El autor reúne en este pequeño volumen un conjunto de materiales, de datos y de glosas sobre la preparación de la guerra en el mundo capitalista y estatal presente, espectáculo que le hace pensar en un mundo agonizante por su propia labor destructora de vidas y de cosas.

L. FABBRI. — El ideal humano. — 23 págs. Ed. "Pampa Libre", Gral. Pico, 1929.

Un hermoso artículo de nuestro colaborador Luigi Fabbri que merecía, como otros muchos, su divulgación en forma de folleto.

PRENSA LIBERTARIA

ELEVACION, mayo de 1929, número 2. Publicación ecléctica mensual (Red. y administración, Olaya 1754). Precio del número 0.10 centavos. Una revista de cultura libertaria que vale la pena difundir.

LA VOIX LIBERTAIRE, organe des fédéralistes anarchistes (René Darsouze, 15 Chemin de la Borie, Limoges, Francia).

ACCAO DIRECTA (hemos recibido hasta el número 5, del 10 de abril de 1929). (Correspondencia y valores, a A. Baluga, Caixa postal, 257, Río de Janeiro, Brasil).

INTUICION, revista mensual de ideas, sociología y crítica constructiva. Año I, número 1, junio de 1929. Una nueva publicación de los compañeros de habla española de Estados Unidos, a la que deseamos larga vida y una obra tan elevada como son las intenciones de sus iniciadores. Su dirección está en Madison Sq. Station, P. O. Box, 216 N. Y. City.

THE RISING YOUTH, una voz de la juventud sin la artificialidad de la edad. Correspondencia a Roberto Cimineri, 1964, 57 th Street, Brooklyn N. York.

LUZ Y VIDA, número 17, abril 1. Cerro Carmelo, Uruguay.

BOLETIN DE LA IMA, órgano de la Internacional del Magisterio Americano, año II, número 7, Buenos Aires, junio de 1929. Dirección: César Godoy Urrutia, Cangallo 2260. Buenos Aires.

FEDE! quincenario anarquista de cultura y de defensa. Año I (segunda serie), número 1. París (Roger Lhuillier, La Solidarité, 15 rue de Meaux, París XIX).

TEMPO KAJ TAJDO, número 2, revista anarquista en idioma chino, Shanghai.

 ¡ACABA DE APARECER!
ESTATISMO Y ANARQUIA
 por
MIGUEL BAKUNIN
 Tomo V de las obras completas del gran revolucionario ruso.
 Prólogo de Max Nettlau.
 Traducción de A. Schapiro y D. A. de Santillán
 UN VOLUMEN DE 320 PAGINAS
 Precio: \$ 1.50
 EDITORIAL "LA PROTESTA"
PERU 1537
 Bs. Aires

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKÉR y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La predumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------